L.J. Román



Renaciendo después de ti

RENACIENDO DESPUÉS
DE TI

L J ROMÁN

© 2024 por Liliana Román de González
1.ª edición
©: Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización previa y por escrito del autor.

DEDICATORIA

A Joaquín, quien sigue iluminando
mi vida con su amor y su recuerdo.
En tu honor, con todo mi amor.

INDICE

UN CUENTO DE HADAS SIN FINAL FELIZ
BUSCAR CONSUELO EN LA NEVERA
LA REALIDAD ME GOLPEÓ EN LA CARA
MIS AMIGAS HACEN DE CUPIDO
YOGA Y KICKBOXING
LA PEOR AMIGA
COMENZAR UNA NUEVA VIDA
RECORRER EL MUNDO
MIS NUEVOS AMIGOS
LA CHICA VINTAGE
EL HILO ROJO
VOLVER A SONREIR
LA MARIPOSA DEBE ALZAR VUELO
UNA INVITACIÓN INESPERADA
RECOBRAR LA CONFIANZA
AGRADECIMIENTOS
ACERCA DEL AUTOR

UN CUENTO DE HADAS SIN FINAL FELIZ

Mientras observaba la pantalla del móvil para verificar la hora, no dejaba de pensar en la alegría que nos daría a mis compañeros y a mí que sonara el timbre, nuestro último timbre de una época llena de alegrías y de aprendizajes tanto académicamente como en nuestras vidas. Habíamos crecido y ya no éramos los pequeños que entraron nerviosos a clases la primera vez, algunos de nosotros habíamos estudiados juntos desde la primaria, otros llegaron de otras escuelas a nuestro instituto. Aunque era un poco contradictorio este día tenía sentimientos encontrados, me producía una intensa tristeza por dejar este lugar lleno de recuerdos, pero también me llenaba de inmensa felicidad por las nuevas experiencias que viviría al entrar a la universidad.

Miré a Michelle y a Elizabeth, a la que cariñosamente le decíamos Beth; mis dos mejores amigas desde el preescolar. Ambas estaban pintándose las uñas, después vi a cada uno de mis compañeros, de nuevo sentí nostalgia al pensar que ya no volveríamos a estar juntos en un salón de clases, a lo mejor me toparé con varios de ellos en la universidad, pero ya no sería lo mismo, no volveríamos a estar todos juntos.

El profesor Miguel, nuestro querido profesor de biología; revisaba unos papeles en su

escritorio, se veía concentrado, me imagino que leía algunas notas de último minuto de la planificación de la graduación.

Solo faltaba un minuto y medio para despedirnos. Cerré mi libreta y la guardé en mi mochila. En ese momento, recibí un mensaje de Luis David, mi novio.

Nos vemos en tu casa. Voy a celebrar un rato con los chicos.

Me quedé sin saber qué responder. Pensé que querría estar conmigo para celebrar cuando saliéramos todos. Me molesté un poco, pero al menos nos veríamos más tarde.

Recordé el momento en que nos hicimos novios; él estudiaba en otra sección, desde que lo vi fue el chico de mis sueños: deportista, popular y el más guapo, tenía un parecido con Ansel Elgort, su sonrisa enamoraba. Pero en febrero de este año, exactamente el 15, me tomó por sorpresa cuando se me acercó para invitarme a salir. Había terminado con su novia dos semanas antes y todas las chicas esperaban el momento para acercarse, pero ninguna quería dar el paso por Sarah, su exnovia. Así que cuando me pidió que saliera con él, rechacé su invitación y le inventé que estaría ocupada para así no perder la oportunidad de que volviera a pedírmelo. Aunque quería decirle que sí de inmediato, decidí hacerme la difícil durante una semana más, mi desconfianza era justificada porque no quería hacerme ilusiones ya que todos creían que Sarah y él eran una hermosa pareja y que estarían juntos hasta terminar la universidad. Cuando finalmente estuve segura de que habían terminado por completo, acepté salir con él. Y ese 24 de febrero me pidió que fuera su novia. Esa noche pletórica de felicidad esperé a que fuera por mí para ir al cine. Me sorprendió verlo llegar con Sergio, su mejor amigo. También venía con ellos Elena, la pareja casi invisible de Sergio; ella parecía la sombra de Luis David y de Sergio.

Sergio ni se bajó del automóvil, así que tuve que sentarme en el asiento de atrás. Los dos conversaban sobre el partido de futbol que jugarían el siguiente fin de semana. Elena iba callada, y aburrida miraba por la ventana. Cuando nos bajamos del automóvil, Luis David tomó mi mano y caminamos hacia la entrada; compró un combo gigante de palomitas y dos gaseosas, que Sergio casi derriba para sentarse junto a Luis David. Cuando terminó la película nos fuimos por unas pizzas. Escogimos dos familiares que casi los chicos devoraron solos. Elena y yo nos miramos resignadas. Cuando salimos me llevó a mí primero a mi casa, me acompañó a la puerta y me dio un rápido beso de despedida y aunque no fue la noche más romántica; estaba feliz. Era la novia del chico más guapo del instituto.

Desde ese día caminábamos por los pasillos del instituto tomados de la mano, y todos nos miraban, algunas chicas lo hacían con rabia, pero eso no me importaba porque sabía que estaban locas por estar en mi lugar, y por primera vez eso me gustó; ser la envidia de todas.

El timbre sonó y todos nos pusimos de pie y nos abrazamos. Me sentía un poco molesta por el mensaje de Luis David, porque mi grupo había planeado ir a la fuente de soda que quedaba cerca y celebraríamos con unas hamburguesas nuestra despedida. Aunque después recapacité porque Luis David también tenía derecho de celebrar con su grupo; así que me animé.

Tomé una selfi con mis compañeros detrás. Michelle y Beth se acercaron y posamos para otras fotos que mandé al grupo de WhatsApp de las tres.

La celebración se alargó un poco. Cuando volví a casa ya era tarde para que Luis David pasara a verme, pero por lo visto a él también se le había hecho tarde porque no se molestó cuando le escribí un mensaje para decirle que me iría a dormir porque ya estaba cansada por el día tan ajetreado que había tenido y me respondió con un simple «Ok».

Malhumorada tomé una ducha, me acosté y aunque la actitud de Luis David me tenía molesta y me sentía frustrada me dormí enseguida.

* * * *

La alarma de mi móvil sonó y, por primera vez en esa semana, llena de felicidad, me levanté de un salto. Tropecé con la mesita de noche.

—¡MALDICIÓN! —Sujeté la lámpara que por poco derribo. Después de colocarla nuevamente en su lugar, me dirigí descalza al baño y seleccioné la lista de reproducción de Spotify que tenía preparada para momentos felices. Comencé a cepillar mis dientes al ritmo de «Hooked on a Feeling». ♬♪ I-I-I-I'm hooked on a feeling I'm high on believing That you're in love with me ♪♬. Me encantaba desde que la escuché cuando vi «Guardianes de las Galaxias».

Después, mientras me duchaba, canté a todo pulmón sin preocuparme si desafinaba, porque ese día nada ni nadie arruinaría mi estado de ánimo.

Salí de la ducha y me envolví en la bata de baño, puse una toalla en mi cabeza. Puse una sonrisa que podría ser de un comercial y tomé una foto. Luego la revisé para asegurarme de que estuviera perfecta antes de subirla a mi Instagram con los hashtags «#ElGranDíaLlegó» y «#Graduación». Acto seguido, escribí a las chicas en el grupo de WhatsApp.

¿Están listas para el gran día?

Las notificaciones comenzaron a sonar con sus respuestas .

Claro que síií ☺ ☺

Respondió Michelle con varios emojis sonrientes.

Súper lista. Anoche no pude dormir por la emoción.

Escribió Beth.

Me la imaginé, probablemente mirándose las ojeras de los ojos con preocupación. Estoy segura de que enviará una foto para preguntar si se notan, como dije. Beth envió su foto y, a pesar de que ella no lo creía, se veía perfecta.

Pao, ¿parezco un mapache?

Preguntó .

Por supuesto que no, te ves estupenda.

Le respondí, pero ella insistía en que tenía los ojos como un mapache.

Maldición, Beth. Pareces una niña. Deja de molestar, te ves fantástica.

Michelle ya estaba de mal humor; Beth siempre lograba hacerle perder la paciencia. Así que sonreí y, después de asegurarle nuevamente que se veía preciosa, me despedí de las chicas. No quería que Michelle dijera algo que hiciera sentir mal a Beth y arruinara su día. Aunque a veces sabía que Michelle tenía razón en molestarse con Beth.

Quedamos en vernos en el instituto .

Bajé corriendo para ir a desayunar. Mis padres ya estaban sentados y desayunaban. Al verme entrar, se levantaron y se acercaron para felicitarme. Me abrazaron y me dijeron lo orgullosos que estaban de mí. Me sonrojé y me emocionó escucharlos. Mi padre me entregó un paquete envuelto con un hermoso papel de regalo, blanco con estrellas doradas y azules.

—Tu madre lo escogió. —Y ella sonrió. Me alegró que ella eligiera mi obsequio. Porque mi padre todavía va a la sección de niñas cuando tiene que hacerme algún regalo, no se resigna a pensar que su niñita ya creció.

Abrí el regalo impaciente, tenía curiosidad por saber qué era. Me alegré al ver que era un móvil. El mío ya estaba un poco deteriorado por culpa de varios accidentes al caerse. «Me encantó». Abracé a mis padres.

—¡Gracias! —exclamé emocionada mientras lo observaba.

Mi madre tomó una bandeja con panqueques de la cocina y la puso en el centro de la mesa del comedor. No tenía ganas de comer panqueques, así que mientras tarareaba una canción, abrí la nevera para servirme leche en un tazón y luego agregar un poco de cereal. Saqué una cuchara del cajón de los cubiertos y me senté frente a mi padre.

—Por lo menos cómete uno, no los hice para que se queden en la nevera —protestó mi madre.

—Está bien —respondí. No quería hacer enfadar a mi madre después del lindo móvil que me había regalado. Tomé uno al que unté con un poco de miel.

De repente, mi antiguo móvil sonó y vi un mensaje de Luis David que decía que vendría por mí a las siete para llevarme a la fiesta. Mi cara se sonrojó de emoción.

—¿Vas a la fiesta con ese chico? ¿Luis qué…? ¿Cómo se llama? —preguntó mi padre mientras se llevaba un pedazo de panqueque a la boca.

—Sí, papá. Voy a ir con él; y se llama Luis David, parece mentira que todavía no sepas su

nombre; llevamos saliendo desde febrero, exactamente el 24 —manifesté enojada.

Mi padre sonrió.

—Lo siento, cariño. Es que las veces que ha venido a la casa, no hemos conversado ni diez minutos. Siempre anda con prisas.

—Es que no tiene mucho tiempo por culpa de los entrenamientos. —Lo disculpé.

Pero a mi padre pareció no importarle, porque comenzó a hablar de su propia fiesta de graduación y de lo bien que lo había pasado; su cita fue con la chica popular del instituto.

—¿Y qué pasó con ella? —pregunté, aunque sabía que no había terminado bien.

—No volvimos a vernos. Después de ese día, no supe nada más de ella. Cada uno siguió caminos diferentes.

Por unos segundos, quedé en silencio. Un pensamiento se apoderó de mi mente y me causó un poco de angustia: «¿Y si eso nos sucediera a Luis David y a mí? ¿Qué no nos volviéramos a ver después del baile?». Aparté esa horrible idea de mi mente de inmediato. La historia de mi padre no tenía por qué repetirse.

—Tu madre fue con su novio —añadió mi padre para molestarla porque ella fue con su mejor amigo. Como no tenían a nadie especial con quien asistir, los dos decidieron ir juntos para disfrutar del baile. Eran amigos de toda la vida y todavía lo son. Además, él es nuestro contador. Por lo visto, mi padre nunca lo vio como un rival.

Mi padre sonrió y ambos comenzaron a reír. Los vi con orgullo. «Me encanta la hermosa relación que tienen. Sueño con algún día tener una así».

Terminé de desayunar y fui a mi habitación para arreglarme. Sobre la cama había dejado el vestido que usaría. Lo tomé y sonreí como una tonta al pensar que todos me verían del brazo de Luis David y que mi vestido de color verde esmeralda combinaría con su corbata. Esa sería nuestra manifestación de amor frente a todos.

Mi madre entró y me ayudó a peinarme y maquillarme. No quise ir a la peluquería, ya que decidí llevar el cabello suelto. Solo coloqué un pequeño broche y para el maquillaje utilicé tonos pasteles para que el vestido captara toda la atención. Mi madre me dejó sola para que terminara de vestirme y retocara algunos detalles pequeños.

Cuando bajé, mis padres ya estaban listos y me esperaban en la sala de estar. Al verme, mi padre se puso de pie y tomó mi mano para ayudarme a bajar. Los dos, emocionados, me dijeron lo hermosa que me veía y sus rostros llenos de orgullo me hicieron sonrojar.

En el automóvil, revisé mi nuevo móvil. Ya tenía descargadas las aplicaciones más importantes; después seguiría incorporando las que me faltaban. Escribí a las chicas.

Voy en camino.

Está bien. Te esperaremos en la entrada.

Escribió Michelle.

Paola, por favor apúrate. Mis padres me tienen loca, están tan emocionados que casi dormimos aquí.

Los padres de Beth eran un tanto entusiastas. Desde el preescolar, cuando ella participaba en algún evento escolar, eran quienes más aplaudían. Ella los amaba, pero le preocupaba que alguien los hiciera sentir mal al burlarse de ellos. Por eso, me imagino que estará un poco ansiosa y con razón.

Cuando mi padre detuvo el automóvil, salí en una carrera para buscar a las chicas. Cuando las vi me sorprendí, las dos lucían preciosas con sus vestidos; parecían unas modelos. Michelle llevaba su larga cabellera rizada recogida en un moño, y un precioso vestido color ocre de corte princesa; que resaltaba su hermoso color canela. De las tres, ella era la más sexy. Beth llevaba un vestido largo con un escote que mostraba toda la espalda, no parecía la misma chica que siempre usaba sus jeans rotos o leotardos y hacía acrobacias en su patineta. Esa chica había desaparecido, era como si alguien la hubiera cambiado por una chica sexy. La cola de caballo que siempre llevaba había desaparecido y llevaba su hermoso cabello rubio suelto.

Ambas, a pesar de llevar zapatos de tacón, corrieron para abrazarme y decirme lo fabulosa que me veía. Sonreí y las abracé de nuevo. «Por eso las amaba, porque siempre me animaban. Son las hermanas que nunca tuve».

—¡Se ven preciosas! —expresé sinceramente, y las dos se ruborizaron.

—Tú también —dijo Michelle.

Busqué con la mirada a Luis David, pero no estaba por ninguna parte. Me pareció extraño que no estuviera aquí, ya que habíamos quedado en vernos al llegar. Sabíamos que cuando nos avisaran para formarnos y entrar al salón, no tendríamos oportunidad de hablar, ya que nos habían pedido que siguiéramos el protocolo. Así que no podíamos romperlo. Me entristeció tener que conformarme con verlo desde lejos .

La profesora Elba nos pidió a todos que nos reuniéramos para comenzar la ceremonia. Todos comenzamos a organizarnos y se escuchaban los cuchicheos y risas de los alumnos.

—¡BETH, POR AQUÍ! ¡POR AQUÍ! —gritó su padre para que volteara y le tomaran una foto.

Las carcajadas retumbaron por todo el lugar.

—¡SILENCIO! —exigió la directora algo molesta.

Ni siquiera intenté mirar a Beth. Imaginé que deseaba que la tierra se la tragara. Me sentí mal por mi amiga.

Luis David pasó a mi lado y ni siquiera hizo el intento de saludarme. No sabía qué pensar. Su indiferencia me tomó por sorpresa, pero supuse que se comportaba así debido a los nervios del momento. Bueno, al menos eso era lo que quería creer.

Nos sentamos y, al mirar hacia él, noté que no llevaba la corbata puesta. ¿Por qué no la llevaba? ¿Por qué cambió de opinión en el último minuto?

Los minutos se me hicieron eternos. La presentación de todos los miembros de la directiva de la institución me pareció que duró horas. En mi mente, solo podía pensar en pedirle una explicación a Luis David. Pero eso también me asustaba; sentía miedo de saber la verdad. Pasé todo el discurso de la directora sin prestarle atención. Solo llegué a escuchar que comenzábamos a transitar un nuevo camino y que debíamos perseguir nuestros sueños y poner en alto el nombre de la institución a donde nos dirigíamos a partir de ahora. Sin embargo, yo solo pensaba en la corbata, esa estúpida corbata que me arrebataba mi tranquilidad.

Cuando la directora terminó su discurso, llegó el turno de Beth, era la alumna que había logrado las mejores calificaciones de todos los que nos graduábamos. Traté de olvidarme del asunto de la corbata para prestarle atención. Ella nos habló del poder de la amistad y de continuar preparándonos para afrontar nuevos retos y tener un futuro brillante donde podamos lograr nuestros sueños. La verdad es que a mí en ese momento no me importaba todas esas tonterías, yo solo quería salir de allí, y aunque traté de poner atención ni siquiera me di cuenta cuando terminó de dar su discurso. Me alegré al saber que podría escucharlo más tarde porque mi padre filmaba todo el evento, para mi suerte porque no quería que Beth supiera que no estaba cien por ciento concentrada. En realidad, me sentía como la peor de las amigas.

Al ser del grupo de la primera sección los nombres de mis compañeros comenzaron a escucharse, al nombrar a Michelle; Beth y yo aplaudimos animadas. Cuando fue el turno de Beth, sus padres se pusieron de pie para aplaudirla y tomarles fotos, ella se sonrojó. «Pobre Beth, ya nos habían pedido que nos mantuviéramos sentados y solo aplaudiéramos porque un fotógrafo se encargaría de tomarnos las fotos; así los representantes no se alborotaban», pero sus padres nunca hacían caso a esas pequeñas instrucciones.

—Paola Martínez.

Me levanté al escuchar mi nombre, la directora y los profesores sonrieron al verme, sentí nostalgia al pensar que ya no los volvería a ver, que abandonaría el instituto que tanto amaba y en sus ojos supe que ellos sentían lo mismo que yo. Después de que el fotógrafo inmortalizara ese momento volví a mi asiento. No miré a Luis David a los ojos, no quería que al ver sus ojos también pudiera leer lo que significaba que no estuviera usando la corbata.

Cuando llamaron a Luis David aplaudí sin muchas ganas porque mientras caminaba vi la corbata que llevaba puesta, y no era la que había escogido conmigo para nuestro día especial.

Sentí un dolor que apretaba mi pecho. Nadie se dio cuenta y eso me alegró, no quería que supieran que algo me preocupaba. Me contentó que no habíamos dicho a nadie nuestro plan de ir combinados, sería una situación vergonzosa para mí. Además, a lo mejor tuvo un accidente al momento de ponerse la corbata y mi preocupación solo eran ideas mías.

La ceremonia culminó y todos nos abrazamos para despedirnos, algunos profesores se acercaron para tomarse unas fotos conmigo. Beth y Michelle se unieron a mí para tomarnos varias fotos, nuestros padres nos tomaron tantas fotos que podrían empapelar toda la sala de estar con ellas.

Cuando intenté buscar a Luis David, él ya se había marchado, así que solo me quedaba esperar a la hora de la fiesta para poder hablar con él.

Después de despedirnos de los profesores, nuestros padres nos llevaron a almorzar para celebrar «el gran acontecimiento», como ellos lo llamaban para referirse a la graduación. Las tres habíamos esperado ese momento durante meses, ya que el restaurante italiano se inauguraba justo para la fecha de nuestra graduación, y nuestros padres habían hecho la reservación con antelación. Todos en la ciudad hablaban del lugar, y nosotras seríamos unas de las primeras en entrar. Éramos la envidia de nuestros compañeros que no pudieron hacer la reserva a tiempo.

Cuando entramos, nos gustó el lugar, aunque ya sabíamos cómo se veía porque visitamos la página web del lugar, verlo en persona superó nuestras expectativas, estaba decorado de manera exquisita. Una chica nos dio la bienvenida y, después de verificar nuestra reservación, nos llevó a nuestra mesa. Una vez sentada, intenté mantenerme lo más normal posible para no echar a perder la tarde, aunque a veces sentía ganas de comentarles a las chicas lo que había sucedido en la graduación con Luis David. Ellas no se habían dado cuenta del comportamiento que tuvo hacia mí, pero no quería comentárselo delante de mis padres. El camarero que nos atendió fue muy cortés y mantuvo siempre una sonrisa, me recordaba al barman robot de «Pasajeros». Nos trajo el Antipasto: una tabla que contenía salami, jamón, aceitunas negras, pepperoni y mozzarella, que acompañaríamos con tostadas y aceite de oliva.

Nuestros padres conversaban animadamente, pero aún no había decidido qué pedir. Las chicas también miraban el menú y estaban en la misma situación que yo. Las tres sonreímos.

—La elección es bastante difícil, todo parece delicioso. ¿Ustedes qué van a pedir? —Beth nos miró con cara de «ayúdenme, por favor».

—Ni idea —dijo Michelle mientras miraba el menú.

Yo solo negué con la cabeza.

Cuando llegó el mesero, las tres tomamos el menú y lo que señaláramos con el dedo sería lo que pediríamos, lo dejaríamos a la suerte. Mi dedo apuntó al fettuccine a la boloñesa que combiné con una ensalada César; el dedo de Michelle señaló el pollo al grill con salsa de ajo y también escogió una ensalada César. Beth marcó con su dedo el pollo a la parmesana y, a

diferencia de nosotras, prefirió una ensalada de tomates y col rizada. Las tres quedamos conformes con nuestra elección o con la de nuestros dedos. Tuvimos que aguantar las ganas de reírnos.

Mientras esperábamos que nos trajeran lo que habíamos ordenado, mi padre felicitó a Beth por las palabras tan inspiradoras que había dado en su discurso. Los demás también comentaron que los hicieron sentir emocionados con sus frases motivadoras.

—¿En serio les gustó?

Los ojos de Beth brillaban de emoción y esperaba ansiosa nuestras respuestas. Michelle la tomó de la mano.

—Estuviste estupenda.

—Gracias, amiga. Pao y a ti, ¿cuál fue la parte de mi discurso que más te gustó? —Me miró.

¿Pero por qué se le ocurría preguntarme eso? Es que en mi cara se notaba que ni siquiera sabía exactamente lo que nos dijo, ¿era tan evidente? ¿Qué me había delatado?

Reí con nerviosismo y tomé un poco de Coca-Cola.

—Tus palabras fueron…

Y como por arte de magia fui salvada por la campana, mi mesero favorito llegó como un caballero medieval en su noble corcel a rescatarme. Gracias a Dios. Por poco me descubren, sería muy vergonzoso y además lastimaría a mi mejor amiga y todo por culpa de Luis David. Es que esta noche, cuando lo vea, voy a decirle lo que se merece por hacerme sufrir un día tan importante para mí.

Al terminar nuestros platillos nos trajeron el carrito de los postres, al ver lo sabrosos y perfectos que se veían cada uno de ellos, y aunque sentía que mi estómago iba a explotar. No aguanté la tentación, así que no pude resistirme y pedí un *tiramisú*; Beth un *coulant* de chocolate negro y Michelle *panacota* de chocolate blanco. Todo estuvo perfecto, nuestros padres pagaron la cuenta, mientras las chicas y yo fuimos a los lavabos para lavarnos las manos y como pudimos apreciar estaban tan elegantes como el resto del lugar.

Retocamos nuestros labiales para salir del lugar, porque queríamos vernos bien para tomarnos una nueva foto.

* * * *

Me alegró volver a casa. A pesar de lo bien que lo pasé en el restaurante, me sentía desanimada como para seguir la celebración, ahora solo me quedaba esperar a Luis David viniera por mí, todo ese tiempo me parecería una eternidad.

Caminaba de un lado para otro por la habitación; estaba impaciente, no comprendía su comportamiento de las últimas horas.

La emoción por la fiesta la había opacado el asunto de la corbata, confieso que me atormentaba, pero estoy segura de que esta noche Luis David me explicará todo, y no sería algo por lo que tenga que seguir preocupándome. Así que decidí que esta sería una gran noche.

A las siete en punto desde mi habitación escuché el timbre y mi corazón se aceleró por la emoción, parecía un caballo de carreras que quería escapar de mi pecho, ya Luis David había llegado.

Miré mi reflejo en el espejo para confirmar que todo estuviera perfecto. Alisé mi vestido, y me gustó cómo me veía. Fue una buena elección comprarlo. Mi padre gritó mi nombre.

—PAOLA.

—¡Enseguida voy! —respondí.

Tomé el pequeño bolso, y salí de la habitación, mientras bajaba imaginaba la cara de Luis David al verme, con sus hermosos ojos fijos en mí. Me sentía emocionada, no podía creer que abajo me esperaba el amor de mi vida.

Al bajar vi sus ojos y noté que algo había cambiado, al acercarme me dio un torpe beso en la mejilla, por un momento pensé que había sido debido a que mis padres estaban delante de nosotros, pero sus ojos fríos no mentían y no tenía nada que ver con que mis padres estuvieran presentes.

Nos despedimos de mis padres que nos desearon una feliz noche. Subimos al automóvil y fuimos a la casa de Sergio, de todos nuestros compañeros de clases él era el mejor amigo de Luis David. Íbamos en silencio, no quería iniciar la conversación, y hacer una escena delante de Sergio. Esperaría a estar en la fiesta y preguntarle el motivo por el que no usó la corbata, ni por qué no hizo nada para acercarse a mí durante la ceremonia. Sergio se subió al automóvil y nos dirigimos a la casa de Elena, su novia, que estudiaba con ellos en la misma sección. Cuando la veía en el instituto no me caía muy bien, porque me parecía un poco petulante, ahora recién nos tratábamos porque nuestros novios eran amigos, pero eso no cambiaba lo que pensaba de ella.

Después de recogerla, Sergio le pidió a Luis David que hiciéramos una última parada antes de dirigirnos al club, ya había contactado con un conocido para comprar unas cuantas botellas de vodka. Se bajó del automóvil y no tardó ni dos minutos en regresar, nos sonrió y nos mostró dos cajas con varias botellas de vodka, iba emocionado con la idea de la borrachera que se pegaría para festejar que por fin había salido de ese aburrido instituto. Lo que más le alegraba era que cuando los profesores se dieran cuenta de que estábamos bebiendo ya sería tarde para que hicieran algo para evitarlo. Nosotros solo sonreímos, nos preocupaba meternos en problemas después de que el padre de Natalia logró que nos aceptaran en el club, ya que varios de sus miembros no querían que celebráramos la fiesta en sus instalaciones, porque podríamos ocasionar daños si nos emborrachábamos, pero el delegado de la clase había prometido que nadie bebería, me sentí mal por él, por Natalia y su padre al pensar en las cajas de vodka que había dentro del maletero del automóvil.

Entramos al club, Sergio ya había logrado pasar las botellas de vodka; Michelle y Beth se acercaron.

—Pensé que no llegarías —dijo Beth.

—Luis David tuvo que pasar a buscar a Sergio y a Elena, después lo llevó a buscar las bebidas.

Beth no dijo nada más, nos dirigimos hacia donde estaban Julio y Fernando, los dos se levantaron para saludarme. Cuando Luis David los vio puso cara de pocos amigos, creo que ni siquiera quería sentarse en nuestra mesa, pero los saludó cortésmente, me alegré al ver que al menos disimuló su desagrado delante de ellos.

Fernando, tomó la mano de Beth, y Julio miraba a Michelle como si estuviera viendo las estrellas, no podía negar, pero, aunque eran mis mejores amigas sentí un poco de envidia.

—Miren a Rafael —murmuró Beth.

Michelle y yo miramos con disimulo y allí estaba él, sentado junto a una joven, que supimos al verla que era una de sus primas, ya que era pelirroja y pecosa al igual que él. Se veía desanimado. Pero la chica que parecía un par de años menor; sí se veía emocionada, me imagino que sería su primer baile. Miraba hacia los lados para ver a los chicos que pasaban, seguro pensando que eran guapos y si tendría suerte de que alguno la sacara a bailar, por la expresión en el rostro de Rafael el pobre se la pasaría pegado a la silla.

Comenzamos a buscar con la mirada a Irma. Teníamos curiosidad por ver al chico por el que había cambiado a Rafael y había decidido asistir al baile. Y de repente los vimos, el chico realmente era guapo y un poco mayor. Después nos enteramos de que ya estaba en la universidad, si no conociéramos a Rafael y lo considerábamos nuestro amigo, estaríamos de acuerdo con el cambio que hizo Irma; porque el chico era todo un galán.

Mientras la noche avanzaba, aunque Luis David se mantuvo en su silla, las chicas y yo bailamos sin parar. Julio y Fernando se turnaron para bailar conmigo, los cinco brindamos varias veces por el comienzo de nuestra nueva etapa en nuestras vidas. Los pies me dolían de tanto bailar. Estaba molesta con Luis David por ignorarme toda la noche, pero decidí hacerme la que no le daba importancia para que nadie se diera cuenta.

Cuando la música paró, decidí ir al baño para aprovechar de retocarme el labial. Michelle y Beth me siguieron al baño, al igual que yo las dos estaban agotadas, pero no solo ese era el motivo, tenían curiosidad por saber qué le pasaba a Luis David.

—Luis David, ¿no lo está pasando muy bien?

Miré a Beth; no quería ser grosera. Pero quería responderle, qué cómo me preguntaba eso, si con solo verlo se sabía que era obvio, pero mentí.

—No sé. —Hice como si no me había dado cuenta de nada.

Parece que Beth se dio cuenta de su error y comenzó a recordar varios momentos de nuestra etapa de estudiantes. Como cuando nos conocimos por primera vez y enseguida nos hicimos amigas. Las tres nos reímos al recordar varias travesuras que hicimos en clases. Como la vez que fingimos sentirnos mal para poder salir antes de clases para poder llegar al cine y hacer la fila para comprar las entradas antes de que se agotaran. Y que nuestras madres nos sorprendieron cuando llegaron a buscarnos al cine porque las habían llamado de la dirección para notificarles que nos dejaron salir mucho antes de la hora de la salida; ellas sabían que todo era un engaño y también dónde ir a buscarnos. Nuestras madres nos sacaron de la fila y nos castigaron por tres semanas sin vernos después de clases, además de perdernos el estreno de la película tuvimos que soportar que nos contaran lo que sucedía en ella los que sí pudieron entrar a verla. En el baño, nos abrazamos deseando que nuestra amistad perdure por siempre, lo que no era ninguna locura, ya que las tres iríamos a la misma universidad.

Al salir del baño, nos acercamos a nuestra mesa donde estaban Julio y Fernando, pero no vi por ninguna parte a Luis David. Imaginé que había ido a saludar a alguno de nuestros compañeros. Me senté a esperarlo, pero su tardanza me preocupó, comencé a sudar, sentí que esto era otra muestra de que nuestra relación se había terminado.

Las chicas se levantaron para bailar, se disculparon por dejarme sola, pero les dije que estaba bien, que no había ningún problema. Mientras veía cómo se dirigían a la pista de baile, aproveché para ir a buscar a Luis David.

Caminé por el salón durante un rato, después me dirigí hacia la piscina. Cuando lo vi, me sorprendió ver que estaba con Sarah, su ex novia, habían terminado hace casi siete meses, los dos estaban solos porque sus amigas bailaban con sus parejas. Hablaban animados, estaban muy juntos y de repente juntaron sus bocas para besarse; mi corazón comenzó a latir fuertemente, pensé que me daría un infarto, comencé a sentir que no podía respirar. Estaba furiosa, la rabia quería fluir de mis ojos en forma de lágrimas, quería acercarme y gritarle que era un mentiroso, que no era justo que jugará conmigo de esa manera.

Un grupo de chicos saltaron a la piscina; y antes de que me salpicaran, decidí volver con las chicas. No quería que Luis David notara que había presenciado todo. A pesar de mi furia por un momento, consideré que podría ser un malentendido, un impulso, o un último beso de despedida. Mis piernas temblaban. Solo me quedaba esperar a que él volviera y que todo volviera a la normalidad, aunque este día había sido todo menos normal.

Las chicas, al verme, no me preguntaron por Luis David. No querían avergonzarme delante de Julio y Fernando por el comportamiento de Luis David.

Cuando Luis David regresó a nuestra mesa, me pidió que bailara con él, lo que me animó porque actuó tan amable como siempre. Tanto así que pensé en preguntarle por Sarah, para ver si me decía que habían decidido despedirse para siempre.

Caminamos en silencio hacia el grupo que bailaba. Su mirada evitaba la mía, y al ver su rostro frío, supe que este sería nuestro último baile. No tenía que ser muy inteligente para darme cuenta, pero por dentro me negaba a creerlo.

—Paola, tenemos que hablar —susurró con tristeza y sin mirarme a la cara. En mi mente se activaron las sirenas de alarma. Y lo peor era que ni siquiera habíamos comenzado a bailar.

Comencé a sentir ansiedad. Había pronunciado la temida frase que todos temen escuchar en una relación. No quería escuchar lo que tenía que decir, porque ya sabía lo que sería: que esto era el final. Lo de la corbata había sido el inicio, seguido de su distanciamiento durante toda la noche. Después de ver ese beso, no era una sorpresa. Intenté disimular que no había oído sus palabras, pensando que, si no le daba tiempo para hablar, no tendría la oportunidad de romper conmigo.

—Hablé con Sarah.

«Si claro, solo hablaste, imbécil. Te vi besándola».

—No sé cómo decirte esto, pero creemos que estamos destinados a estar juntos. Todo este tiempo nos ha servido para darnos cuenta de lo que sentimos el uno por el otro, y no podemos perder todo lo que hemos vivido por una simple pelea.

Me quedé paralizada, pero, ¡qué imbéciles! ¿Por qué tenían que darse cuenta justo hoy, que todavía se amaban y hacerlo delante de todos?, tuvieron mucho tiempo para pensarlo y romperme el corazón. Así que para Luis David todo este tiempo yo no le importé, ni lo que yo sentía. Me dejaba por Sarah. Yo sobraba, me apartaba de su vida como a los pepinillos de su hamburguesa.

Sentí que mi corazón se rompía. Lo miré, y antes de llorar en frente de él, como «la Cenicienta», salí del baile en una carrera y sin esperanzas de dejar la zapatilla de cristal para que mi príncipe la encontrara, y así para cuando me viera de nuevo y me la devolviera jurara amor eterno y fuéramos felices para siempre. No, nada de eso sucedió, ahora era la que tenía que explicar a todos que mi «novio» ya no lo era. Que volvía con su antigua novia porque la quería más que a mí.

Solo quería desaparecer, así que salí del salón y corrí para alejarme del lugar. Lo primero que se me ocurrió fue dirigirme hacia la piscina, distraída por la algarabía de varios compañeros. No me di cuenta de lo que estaba sucediendo y terminé cayendo en el agua. Los demás parecían pensar que estaba tan borracha que me estaba divirtiendo, por lo que algunos de ellos se unieron al lanzarse a la piscina al verme. Lloré, pero parecía que nadie se daba cuenta, ya que nadie hizo nada por ayudarme a salir.

De repente, vi una mano extendiéndose hacia mí, ofreciéndome ayuda para salir. Estiré la mano y sentí un contacto cálido. No quería ver quién era, me sentía avergonzada por lo que me había ocurrido. El joven me entregó una toalla y trató de secarme.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

Por un momento pensé en reírme y preguntarle si era un chiste, pero me contuve, ese chico no tenía la culpa de lo que me había pasado.

—Gracias… no te preocupes, estoy bien —respondí tímidamente, aunque en realidad era mentira. Sin esperar a que me volviera a hablar, volví a agradecerle y me fui de ahí.

Con toda la ropa empapada, llamé a mi padre para que viniera por mí. No me importó dañar el vestido cuando me senté en la acera para esperarlo; de todas maneras, eso era lo que menos me importaba. En realidad, me sentía como una estúpida, y allí mismo lloré a moco tendido.

Mi padre no tardó en llegar por mí. Se bajó del automóvil y, sin preguntar qué me había pasado, puso su chaqueta sobre mis hombros y me llevó hasta el asiento del copiloto. Abrochó el cinturón, cerró la puerta y en silencio condujo hacia la casa. Miré hacia atrás y vi que el chico que me ayudó a salir de la piscina estaba afuera. Durante todo el tiempo que esperé a mi padre, se quedó cerca para cuidarme. En otro momento, ese gesto me habría hecho sentir halagada, pero a causa de lo que me había ocurrido, más bien sentí vergüenza. Mientras el automóvil avanzaba la luz de un cigarrillo indicaba que el chico seguía ahí de pie.

Miré a mi padre y en su rostro había preocupación, no podía dejarlo con la angustia y que pensara que algo malo me había pasado, «bueno terminar con Luis David lo era, pero me refiero a algo peor», y aunque no quería conversar, las palabras más tristes salieron de mi boca.

—Papá, Luis David me dejó —Y, como una niña pequeña lloré.

BUSCAR CONSUELO EN LA NEVERA

Mi padre guardó el automóvil en el garaje y ambos nos dirigimos hacia la cocina, mi madre tenía lista una taza de té caliente sobre la mesa del comedor, al parecer, mi padre ya le había comentado lo que me había sucedido, y así no se sorprendiera al verme completamente mojada. Por lo que ella rápidamente preparó el té para que pudiera entrar en calor.

Tomé la taza y, sin decir ni una palabra, me dirigí a mi habitación. Mis padres me miraron con preocupación y ansiosos por saber lo que me había sucedido. Sin embargo, en ese momento, no quería hablar con nadie. Así que, sin importarme lo que pensaran, cerré la puerta de mi habitación.

Mientras bebía el té, mis manos temblaban por el frío y la tristeza que me había causado la confesión de Luis David. Un ataque de pánico me invadió. Dejé la taza y corrí al baño para vomitar todo lo que había en mi estómago. El sabor ácido en mi boca provocó arcadas nuevamente. Luego, limpié mis dientes y casi me terminé el enjuague bucal. Las lágrimas brotaban sin control. Me sentía mal, ya fuera por todo lo que había bebido y vomitado, o por el dolor de la traición de Luis David.

A pesar de mi falta de ánimo, decidí tomar una ducha para quitarme el horrible olor a vomito. Después de terminar, casi me arrastré hasta la cama. No recuerdo a qué hora me dormí, porque lloré hasta que el cansancio finalmente me venció.

A la mañana siguiente, desperté justo antes del amanecer. Me había quedado dormida con la bata de baño puesta; ni siquiera había intentado ponerme el pijama. Me senté y en la cama y vi hacia el piso; y ahí estaba el vestido que había dejado tirado la noche anterior; aún estaba húmedo, lo dejé allí; ya no me importaba si se estropeaba, ya no lo quería. Sería el recordatorio

de la noche tan espantosa que había pasado. Lo que más me dolía era que lo había comprado con tanta ilusión, pero verlo me oprimía el corazón.

Revisé mi móvil y vi que tenía varias llamadas perdidas de Luis David. Quería responderle; tal vez había reconsiderado su decisión de terminar conmigo. O que era una mala broma que se le había ocurrido hacerme. Pero lo conocía bien, esos ojos, «Dios, esos hermosos ojos», no mentían.

Por un momento, sentí el impulso de arrojar el móvil y olvidarme de todo, pero me contuve. A pesar de mi enojo con Luis David, mi móvil no merecía pagar por mi frustración. En todo caso, él era el culpable y con él debía lidiar. Además, no era justo que mi móvil, un regalo de mis padres, sufriera las consecuencias de esta situación. Vi que tenía varios mensajes de WhatsApp de las chicas, quienes estaban preocupadas por mí y preguntaban dónde me encontraba. No escuché los audios; no me sentía con ánimo para hacerlo, pero, sin muchas ganas, les escribí un mensaje para que no se preocuparan más, diciéndoles que estaba bien y que más tarde las llamaría. Luego, me senté en la cama con las piernas cruzadas y abracé a bolitas, mi osito de amigurumi, mientras mis lágrimas comenzaban a caer sobre él.

Estaba confundida. Si Luis David me había llamado, ¿qué significaba? ¿Realmente le importaba o lo hizo porque se sentía culpable?

Bajé a desayunar y, por suerte, mis padres fueron lo suficientemente amables como para no hacerme ninguna pregunta. Así que desayuné en silencio el cereal de siempre, pero que ahora me sabía insípido, mientras ellos conversaban sobre no sé qué cosa, porque a pesar de sentirme como una mala hija en ese momento, nada me importaba.

—Cariño, cariño. —Repitió mi madre para que la escuchara.

—Sí —contesté sin ánimo.

—Vamos a ir al supermercado. ¿Quieres que te compremos algo? —preguntó mi madre, con voz como si estuviera hablando con una persona que pronto moriría. «¿Tan mal me veía?»

—No, gracias. No se preocupen —dije.

Aunque sabía que lo estaban, no quería comentarles todavía sobre lo ocurrido con Luis David. Así que guardé silencio y seguí dando vueltas al cereal con la cuchara, que se convirtió en una espesa mezcla.

Mis padres se marcharon. Subí a mi habitación y me recosté en la cama. No podía sacar de mi mente la imagen de Luis David besando a Sarah y sus palabras al decirme que todavía la amaba. Cogí el móvil y comencé a revisar las fotos que teníamos juntos. De nuevo, la rabia me invadió, y sentí que tenía que llamarlo. No sabía qué hacer, estaba furiosa y decepcionada. Sentí ganas de llorar, pero las lágrimas se negaron a salir. Parecía que todo lo que había llorado en la noche y esta mañana me había secado por dentro. Así que, para no atormentarme más, decidí bajar a buscar algo en la nevera.

Al abrir la nevera, me imaginé viviendo una escena típica de las películas románticas, donde la protagonista, para consolarse por el dolor de la ruptura, saca un envase gigante de su helado favorito y llora frente al televisor mientras ve una película con una trama triste. Sin embargo, al abrir el frigorífico, lo único que encontré fue un trozo de pizza que había quedado de la noche anterior. Seguro mis padres cenaron eso mientras veían una temporada de la serie que los tenía enganchados, sobre una prisión de mujeres. Mi decepción fue grande al descubrir que no había el

helado que esperaba encontrar. «Pero, ¿a quién se le ocurre tener un envase de helado guardado para momentos como este?», pensé. Mis padres apenas traen algo de la tienda, lo comemos de inmediato, así que era imposible encontrar un helado en la nevera.

Metí la pizza en el microondas y mientras transcurrían los tres minutos, tomé el tarro de galletas que mi madre había horneado. Saqué unas cuantas y una de ellas la metí completa en mi boca. El timbre del microondas sonó tres veces para indicar que la pizza ya estaba lista.

Caminé hacia la sala y me hundí en el sofá para ver una película. Busqué la más triste de mi lista en Netflix porque sentía la necesidad de torturarme, no quería ver ni un ápice de felicidad a mi alrededor, aunque fuera ficticia. Empecé a llorar; si fuera mayor de edad, estaría bebiendo como la protagonista de esas películas que cree que el alcohol es la solución a su patética vida. Pero recordé lo mal que me sentí la noche anterior por beber, así que esa no sería mi solución.

No logré encontrar una película adecuada para el momento, así que apagué la tele. Tomé mi móvil y escuché los mensajes de voz que Luis David me había enviado. Pedía disculpas y que no le guardara rencor. «¿¡Que no le guardara rencor!? En realidad, me gustaba mucho, pero no podía evitar pensar que era un completo imbécil». Quería llamarlo y decirle eso, pero si lo hacía, seguramente terminaría humillándome al suplicarle que siguiera conmigo, que estaba equivocado, que lo nuestro podía arreglarse, que lo perdonaba y que comenzáramos de nuevo. Pero aunque me parecía un idea estúpida no aguanté; no me importaba lo que iba a decirle, pero creí que me sentiría mejor si por lo menos supiera que me había lastimado. Eso era suficiente para mí. Cuando estaba a punto de marcar su número, para mi suerte, mis padres regresaron, así que disimulé para que no notaran lo ansiosa que estaba por hablar con él.

Los dos se dirigieron a la cocina para dejar las bolsas con la compra.

—Ten, no hay nada como un helado para reparar un corazón roto. —Mi madre me entregó un envase grande de helado de chocolate.

Ella lo compró porque sabía cómo me sentía y se imaginó que querría ahogar mis penas en un delicioso helado. Como muchas veces ella tal vez lo hizo en su época de adolescente, cuando tuvo el corazón roto.

—Gracias. —La besé.

Aunque sabía que el helado no aliviaría mi tristeza, el amor que sentían mis padres por mí me llenó de un cálido sentimiento. Me sentí agradecida por tenerlos en mi vida y por el hecho de que no me juzgaran por sentirme como me sentía.

Los tres nos sentamos a ver una película, nos reímos y mi tristeza fue desapareciendo. Hasta me sentí con ánimos para contarles a mis padres cómo me había ido en la fiesta y cómo se comportó Luis David conmigo antes de besar a su ex. También les conté el momento en que los vi juntos y cómo me sorprendí al verlos besarse delante de todos. Por suerte, todos estaban borrachos y no se dieron cuenta. Además, no solo se conformó con tratarme como si no existiera, sino que tuvo la cobardía de terminar conmigo.

Al ver la cara de mis padres, supe que estaban furiosos. Ambos me abrazaron para consolarme. Después de desahogarme con ellos, me sentí mucho mejor. Subí a mi habitación y les envié un audio a las chicas para saludarlas y disculparme por preocuparlas toda la noche. También les conté lo que había pasado con Luis David. No tardaron en hacerme una videollamada.

—¡PAO, CARAJOS! No se vale, somos tus amigas. ¿Cómo pudiste dejarnos toda la noche sin saber nada de ti? Estábamos preocupadas. Qué bueno que tu mamá nos envió un mensaje para avisarnos que estabas bien. Michelle no tenía que decírmelo, en su voz y en sus gestos se notaba que quería romperle la cara a Luis David, y creo que hasta a mí por preocuparlas al no llamarlas.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Beth, como para suavizar las palabras de Michelle.

—Bien. —Mentí.

No quería que me dijeran que era una tonta por querer desaparecer de la faz de la tierra por culpa de Luis David.

—Chicas, me escribió. ¿Qué debo hacer? Tal vez se arrepintió. ¿Creen que debo llamarlo? —pregunté.

—PAOLA, NI SE TE OCURRA HACERLO.

—Vale, vale. Con solo decirme que no lo haga es suficiente, pero entiendo, no tienen que gritarme —expresé. Aunque lo que realmente quería era colgar y llamarlo.

Ellas sonrieron y, para animarme, comenzaron a contarme todos los chismes de lo que sucedió en el baile después de que me fui. Hasta eso, por culpa de Luis David me lo había perdido. Sergio, por la borrachera que se pegó, vomitó sobre los zapatos de Elena, quien se puso furiosa y se fue del club sin él. Carlota, que llevaba un vestido lleno de flecos, se los arrancó todos y le quedó mucho mejor. Después, fue la sensación del baile porque se le veía un cuerpazo con él. Me alegré por ella. También me contaron que muchas terminaron llorando por culpa de la bebida. Y que Rafael le declaró su amor a Irma con una canción. La pobre no sabía dónde meter la cara, y su acompañante universitario se veía fuera de lugar. Parecía que pronto saldría corriendo de la vergüenza que estaba pasando. Por el alboroto en la piscina, más compañeros se animaron y se metieron en ella, así que la fiesta terminó en la zona de la piscina.

Beth y Michelle lograron sacarme algunas carcajadas solo imaginándome la escena. Nos despedimos y les envié un beso gigante por alegrarme el día.

* * * *

Mi día transcurrió entre el sofá y la cama. No tenía ganas de hacer nada más. Me sentía débil y sin ánimos para mover ni un músculo de mi cuerpo.

Esa noche no cené, mi garganta se rehusaba a dejar pasar algo por ella. Me fui a mi habitación, mis padres no dijeron nada. Sabían que el rompimiento con Luis David me había dejado deprimida, pero pensaron que un buen descanso mejoraría mi ánimo.

Ya en mi cama, revisé el Instagram de Luis David y de Sarah. Aún no habían publicado nada sobre su regreso. Me alegré al pensar que tal vez habían reconsiderado la idea de volver y decidieron que era mejor seguir separados. Esa esperanza me dio un sentimiento de felicidad. Aunque me sentía molesta por la noche que me había hecho pasar, creía que sería capaz de perdonarlo. Un error lo comete cualquiera. Lo que me importaba era estar con él. Éramos una linda pareja, y eso no podía terminar así de la noche a la mañana.

LA REALIDAD ME GOLPEÓ EN LA CARA

Como la noche anterior, tampoco pude conciliar el sueño. Cuando finalmente lo logré, ya estaba amaneciendo, así que me desperté a media mañana. Me sentía cansada y todo mi cuerpo me dolía. Aunque no tenía hambre, bajé a desayunar. No quería que mi madre se enfadara conmigo, y no era justo preocuparla por mi salud. A esa hora, mi padre ya se había ido al trabajo, y vi a mi madre poniendo detergente en la lavadora. Al verme, sonrió y me saludó.

Me dirigí a la cocina para servirme un poco de cereal para desayunar. Apenas me senté, mi teléfono móvil comenzó a vibrar, y vi que era Beth quien me llamaba.

—Hola —respondí.

—Pao, por favor, no mires las redes —suplicó, su voz se notaba nerviosa.

Pero… ¿cómo le dices a alguien que no vea las redes y piensas que no lo va a hacer? Eso es cómo decir, ¡revisa! Colgué sin decir ni una palabra; no tuve tiempo de despedirme, la curiosidad me mataba. Con horror, vi que en Facebook e Instagram estaba la historia del momento: el rompimiento entre Luis David y yo, o más bien el plantón que me dio, porque yo no estaba de acuerdo con romper con él. Por lo visto, no se hablaba de otra cosa, ni siquiera de la borrachera de Sergio que había vomitado en los zapatos de Elena era mencionada. Yo era el chisme del momento.

Dejé mi tazón de cereal y subí corriendo a mi habitación. Revisé cada perfil de mis compañeros de clases y leí algunos comentarios ofensivos hacia mí.

«Esa niña es una ingenua, creer que Luis David se olvidaría de Sarah».

«Luis David estaría loco si cambiara a Sarah por ella».

Aunque había comentarios positivos donde se ponían de mi parte y decían que Luis David era todo un idiota, para mí no importaban. Solo esos comentarios negativos eran los únicos que mi cerebro vio y procesó, así que no quise seguir leyendo. Lloré desconsoladamente y estaba furiosa. Por culpa de Luis David estaba expuesta de esa manera, era la burla de todos en el instituto. No podía creer que me había dejado y además humillado de esa forma ante todos.

Mi móvil sonó al recibir un mensaje de WhatsApp; era Luis David escribiéndome.

«Lo siento mucho, no era mi intención…».

—NO ERA TU INTENCIÓN, IMBECIL… —grité.

No quise continuar leyendo; ¿de qué serviría su disculpa? Ya me había herido lo suficiente. Nada cambiaría con su estúpida disculpa. Me provocó escribirle y decirle lo que pensaba, pero no valía la pena. Ahora tenía que reconstruir mi vida, reparar la imagen que los demás tenían de mí. Aunque no sabía cómo hacerlo.

Escuché a mi madre pasar por el pasillo; creo que intentó escuchar a través de la puerta; la pobre estaba preocupada. Así que encendí la televisión para que pensara que estaba bien, aunque no era cierto. Pero era mejor darle un poco de tranquilidad. Mientras buscaba qué ver, encontré una serie sobre una invasión zombi en un instituto. Sentí que, dada toda la locura de los últimos días, no sería nada sorprendente que ocurriera un ataque zombi en este momento. Sonreí solo de pensarlo. Aunque mi sonrisa desapareció al imaginar que Luis David y Sarah fueran los únicos supervivientes. Eso sí sería tener mala suerte. «¿Sería capaz de sacrificar a Sarah y entregarla a los zombis para quedarme con Luis David?» Sonreí solo de pensarlo.

Apagué la televisión y en mi cama lloré porque mis planes para las vacaciones eran ir a la casa de playa de los padres de Luis David para celebrar nuestra graduación. Ahora, seguro Sarah estaría disfrutando en mi lugar. Me dormí después de torturarme imaginando cómo estaban juntos en la playa, tomando el sol y recostados en la arena. Mi mente incluso inventó escenas de pasión entre ellos, y llegué a sentir sus risas burlonas hacia mí.

Me sentí deprimida por todo lo que había ocurrido, así que no salí de mi habitación en dos días. Mi madre venía a verme constantemente por cualquier motivo, seguramente pensando que podría hacer alguna tontería y poner en peligro mi vida.

Al tercer día en cama, estaba acostada boca arriba, mirando el techo, y cantaba una canción con la voz más desafinada y lastimera que nunca había hecho en mi vida.

—♬♪El tiempo que duroo nuuestro amoor…♪♬

Cuando de repente la puerta se abrió de golpe. Salté del susto.

—¡Pero qué mierda! ¿Estás loca? ¿Quieren que me dé un infarto? —exclamé, sintiendo el corazón en mi garganta.

—¡Vamos, levántate! —ordenó Michelle. Beth venía detrás de ella y me miraba con una expresión entre compasión y terror, no sabía cuál de las dos predominaba en su rostro.

—¿Qué hacen aquí? —protesté malhumorada.

—Somos tus amigas, no podemos permitir que sigas así. Además, tu madre nos llamó —respondió Michelle enfadada, mientras me levantaba de un brazo, como si fuera una niña pequeña que no quería levantarse. Mi madre entró a la habitación.

—¡Má! ¿Por qué las llamaste? —Me quejé con voz chillona.

—Lo siento cariño, pero es por tu bien, sé que ahora no lo entiendes, pero vas a agradecérmelo —expresó. Miró a las chicas y les sonrió. Salió de la habitación con la convicción de que había hecho lo correcto y de que las chicas me sacarían del hoyo en el que me encontraba.

—Pao, ¿desde cuándo no te bañas? —preguntó Beth con repugnancia; su cara de asco era todo un poema.

Olí mis axilas; en realidad, parecía que había varios animales muertos viviendo allí. Miré hacia el espejo y me sorprendió ver mi cara reflejada. Me veía fatal. Guardé silencio, miré a mi alrededor y mi habitación estaba hecha un desastre al igual que yo; había ropa tirada por el suelo y bolas de papel higiénico mezcladas con mis lágrimas y mocos debido a tanto llorar. Me sentí aún más deprimida de lo que ya estaba.

Las chicas me arrastraron al baño, cerraron la puerta y me dejaron dentro para que tomara una ducha. Mientras tanto, buscaron ropa en mi armario y, cuando salí, me pidieron o más bien exigieron que me vistiera. Luego me peinaron, pusieron un poco de rubor en mis mejillas y lápiz labial para que tuviera un aspecto menos penoso.

—Estás lista, ve y toma tu bolso, porque nos vamos de compras al centro comercial y luego al cine —dijo Michelle con voz firme.

Mis ojos se abrieron de la impresión; imaginé que parecerían dos huevos fritos, pero realmente no me provocaba salir después de hacer el ridículo, y menos al saber que todos estaban hablando de mí. No podía creer que ellas quisieran que fuera a meterme en la boca del lobo para

ver sus miradas acusadoras y burlonas; «no, no lo podría soportar». Leerlo era una cosa, pero escuchar sus susurros al verme pasar era algo que no quería vivir.

—Tranquila, si alguien te dice algo, te juro que le patearé el trasero —prometió Michelle, y Beth asintió con un movimiento de cabeza; hasta ella se encargaría de darle su merecido a quien osara meterse conmigo.

Las abracé y les agradecí por ser tan buenas amigas.

Cuando bajamos, mi madre al verme casi lloró de emoción. Creo que pensaba que me volvería anciana en mi habitación o que me llenaría de vellos como una ermitaña, porque su felicidad fue tanta que no me dio hora para regresar a casa; ¿o tal vez se le olvidó?

—Gracias —expresó sinceramente mi madre a las chicas.

Las dos le sonrieron. Mi madre se despidió de nosotras, y sentí vergüenza por mi comportamiento; no era justo que mis padres sufrieran de esa manera por mi culpa.

Salimos a la calle y el sol golpeó mi rostro; me sentí cobijada por su calidez. Subí al automóvil de Michelle y me olvidé por un momento de mi situación, miré el trayecto hacia el centro comercial, y me pareció que fue una eternidad desde la última vez que fui. Fue justo con Luis David para comprar la corbata para su traje. Aunque era difícil, decidí que no iba a pensar en él; que esta salida sería para despejar mi mente.

Michelle estacionó el auto y las tres caminamos hacia la entrada. Recorrimos los pasillos, disfruté viendo los escaparates y entrar en varias tiendas. Michelle se compró un par de botas que le quedaban increíbles, como todo lo que se ponía. Beth solo miró unos leotardos, pero no se decidió por ninguno. En una tienda de cosméticos que estaba en el tercer piso, compré un labial y un delineado.

Las tres fuimos a una heladería; mi helado representaba mi estado de ánimo; para consolarme de mi tristeza, nada mejor que una Banana Split gigante. Al terminar nuestros helados, nos dirigimos al cine para comprar las entradas. Ya adentro, compramos las palomitas y las gaseosas. Las luces se apagaron y comenzó la película. Al salir, nos dirigimos a la zona de comida y cenamos solo unas hamburguesas, porque después de comer las palomitas en el cine, no teníamos mucha hambre.

Las chicas conversaban animadas sobre la película que acabábamos de ver, mientras yo en silencio miraba a las personas en las mesas. Todos se veían alegres y había varias parejas. Por un momento, me imaginé cuántos de ellos estarían por decirles a sus novias que ya no las querían, porque eso es lo que parecíamos Luis David y yo unos días antes del baile.

Cuando llegué a casa, mis padres estaban en la cocina; me miraron como tratando de adivinar si lo había pasado bien, y noté que estaban ansiosos por saberlo.

¿Cómo te fue? —preguntó mi padre.

—Muy bien. —Aunque no me fue mal, exageré un poco para hacerlos sentir mejor.

Les mostré lo que había comprado y vi en sus rostros la alegría por verme mejor. Subí a mi habitación, tomé una ducha y, debido al cansancio acumulado por no haber dormido bien durante varios días, me dormí enseguida.

MIS AMIGAS HACEN DE CUPIDO

Al día siguiente, las chicas me llamaron animadas. Quedaron en venir más tarde porque tenían una gran idea. No me imaginaba lo que podría ser, pero me imaginaba que no iba a gustarme.

Cuando llegaron y me contaron su idea, casi quise correr. A las dos se les ocurrió la brillante idea de buscarme un nuevo novio, porque según ellas, «un clavo saca otro clavo», así que teníamos que salir a buscarlo .

—¡Están locas! —protesté.

—No, no lo estamos. Y si sigues así, la que parecerá loca serás tú. Deja de quejarte y pon de tu parte si quieres que sigamos siendo tus amigas, porque ya no soportamos tu actitud. —Michelle cruzó los brazos y se quedó seria después de chantajearme.

—Paola, es por tu bien. Ya esto se salió de tu control, tienes que buscar la forma de salir adelante —Intervino Beth.

—Y si no aceptas. ¡Hasta aquí llegamos!

—Pero…

—¡Pero nada! —Michelle me intimidó. Cuando se lo proponía era aterradora

Por un momento, me provocó ir y darle un puñetazo en el rostro a Luis David. Estaba molesta porque por su culpa estaba pasando por esa situación. La idea de las chicas no me gustaba, pero después de la amenaza que me hizo Michelle, no tenía más remedio que aceptar. Dejarían de hablarme si seguía escondida en mi habitación, así que no tuve más opción que permitirles intervenir en mi vida amorosa. Tal vez alguna de las dos tenía suerte y encontraba al chico ideal para mí.

* * * *

La primera que quiso comenzar con el experimento fue Michelle:

EL REPARTIDOR DE PIZZAS

El plan era pasar la noche en su casa, algo que no me emocionaba, guardé mi pijama en el bolso y me vestí con algo cómodo así que opté por unos jeans y una camisa de cuadros.

Bajé a la sala de estar, donde estaban mis padres viendo su serie de televisión. Al verme, mi madre pausó el programa y sonrió, probablemente para no perderse nada del episodio mientras hablaba conmigo.

—Me alegra que te quedes a dormir en la casa de Michelle. Salir te hará bien —expresó.

—No sé, creo que voy a llamarla para cancelar. No me siento bien para salir.

—No, para superar la depresión es mejor que salgas. No es bueno quedarte encerrada en tu habitación —dijo mi madre.

No dije nada y decidí no discutir con ella. Mi padre se mantuvo en silencio, no estoy segura si era para que no continuáramos hablando y mi madre continuara con la serie o porque pensó que ella ya había expresado lo que pensaban ambos y que yo no tenía razón. Por lo tanto, para mantener la paz, preferí seguir con los planes.

Besé a mis padres para despedirme, pedí un Uber, no quise que uno de ellos me llevara, no quería que cambiaran sus planes por mí, y preferí que Michelle no viniera por mí.

Michelle nos invitó a pasar la noche en su casa porque sus padres no estarían allí, así que tendríamos la casa solo para nosotras y podríamos poner en marcha su plan. A ella se le ocurrió la brillante idea de llamar para pedir una pizza y así yo pudiera coquetear con el repartidor. Había una pizzería cerca donde trabajaban varios chicos muy guapos. Lo primero que hizo Michelle antes de llamar a la pizzería fue maquillarme porque por estar llorando y deprimida tenía un aspecto lamentable, «bueno eso era lo que ella decía». Me puso tanto maquillaje que parecía que estaba lista para animar una fiesta de niños; solo me faltaba la nariz roja y la peluca para ser un payaso. Luego encargó las pizzas con la voz más sexy que se le ocurrió. Yo estaba nerviosa y traté de quitarme un poco del maquillaje, pero no logré quitármelo del todo. Cuando sonó el timbre y abrí la puerta, lo único que hice por los nervios fue tartamudear. Creo que el chico pensó que tenía algún problema mental porque casi salió corriendo, y lo peor de todo es que estaba muy guapo.

Esa pizza me supo a derrota. Vimos una película y traté de concentrarme para no pensar en Luis David y así poder disfrutarla, pero fue inútil. Después las tres nos fuimos a dormir, pero me pasé toda la noche revisando las redes sociales de Luis David. Aunque las chicas trataron de animarme, no lo lograron. Cuando Michelle y Beth se despertaron, yo ya estaba despierta y vestida para marcharme a casa. No me apetecía desayunar, así que pedí un Uber y me despedí de las chicas. Michelle insistió en que me quedara y que ella me llevaría, pero no quise esperar.

En el Uber, miraba por la ventana sin enfocar la vista en nada en particular, solo en la nada. En realidad, estaba molesta con las chicas porque me sentía acosada por ellas y conmigo por no saber manejar mi dolor. Afortunadamente al llegar a casa, mis padres no estaban, así que pude llorar en paz.

Beth también quiso contribuir, así que no se le ocurrió otro chico que uno de sus primos:

EL CHICO DE LOS VIDEOJUEGOS

Después del fracaso con el repartidor de pizzas, caí de nuevo en la trampa de las chicas. Al día siguiente, me llevaron casi a la fuerza al centro comercial porque Beth se enteró de que su primo Henry iría a comprar un mando para su consola, ya que el que tenía se le había dañado. Llegamos antes para ubicarnos en una zona que al entrar el chico pudiera vernos de inmediato.

Un chico pálido se acercó a nosotras. Por su tono de piel, me di cuenta de que había pasado mucho tiempo en casa sin tomar el sol. Cuando saludó a Beth, entendí por qué. Era el primo que pasaba horas jugando videojuegos. Casi quise estrangularla. El chico parecía mucho más joven que nosotras, y aunque estaba buscando un novio, ¿me veía tan desesperada?

Henry nos acompañó un rato, hablándonos de un juego de vaqueros que le apasionaba y que tenía los mejores gráficos según él. Para mí, era como si hablara en chino. Aunque Henry no me gustó como futuro novio, me pareció un buen chico y pensé que podría ser un buen amigo. Quedamos en encontrarnos otro día para hablar de juegos y comprar cómics, que también le apasionaban. Así que había otro candidato menos en mi lista.

Regresé a casa y fui directo a mi habitación. Mis padres habían salido a cenar con unos amigos, así que tenía la casa solo para mí. Me alegré de no tener que contarles a mis padres cómo había ido con las chicas ni informarles a ellas que estaría sola, porque seguramente querrían venir a hacerme compañía. No tenía ganas de hablar. Me tumbé en la cama e intenté no

pensar en nada. Me quedé dormida y me desperté al oír que mis padres habían regresado. Hice como si estuviera dormida cuando mi madre entró y me dio un cálido beso en la frente. Me sentí mal por mentirle, pero necesitaba descansar. Estaba mentalmente agotada.

* * * *

Durante el desayuno, Michelle me escribió para decirme que nos encontráramos a las tres de la tarde, ya que se enteró de que habían contratado a un chico nuevo para encargarse de la pista de patinaje:

EL ENCARGADO DE LA PISTA DE PATINAJE

Beth y Michelle llegaron a las tres como habíamos acordado, bueno en realidad ellas lo acordaron, porque prefería quedarme en casa. Así que, por su insistencia, me convencieron para ir a patinar. Cuando entramos a la pista vi que en realidad el chico era muy guapo, me pareció muy buena elección de Michelle. Las tres caminamos hacia el mostrador.

—Bienvenidas —dijo con una expresiva sonrisa, de esas que derriten a cualquiera.

Me sentí especial al ver que me miraba, y su sonrisa no desapareció. Pero mi alegría no duró mucho cuando lo vi saludando a otras clientas que llegaron y se ubicaron junto a mí. No me estaba coqueteando; simplemente, era un buen empleado.

Después de eso, ni siquiera nos volvió a mirar, «bueno, solo una vez más cuando me caí, pero esa no cuenta». De nuevo vi su sonrisa, pero estaba vez no podía aguantarla, porque me caí de barriga, parecía un pingüino boca abajo deslizándose en el hielo. Miré una mano que se estiraba para ayudarme, como quería salir de ahí no lo pensé dos veces y tomé la mano que me ofrecían, con firmeza me ayudó a levantarme y me encontré mirando unos ojos hermosos. Los había visto antes, pero, ¿dónde?

Beth y Michelle corrieron hacia mí. Estaba tan avergonzada que no sabía dónde esconder mi cara. Quería que la tierra me tragara. Les pedí que saliéramos de allí, y aunque el chico que me ayudó estaba frente a mí, no hice nada para agradecerle.

—¿De dónde salió ese chico? ¿Lo viste? —preguntó Beth.

—No, solo vi a Pao tirada en la pista —Michelle me llevaba de la mano, tratando de salir lo más rápido posible.

Ya en el coche y más calmada, pude articular algunas palabras.

—Ese chico… — Recordé de dónde lo conocía .

—Chicas, él estaba en la fiesta. Fue quien me ayudó a salir de la piscina cuando me caí — mencioné.

—¿Qué chico? No nos habías dicho nada de eso.

Beth me miró como si les hubiera ocultado un gran secreto.

—¿Y no se te ocurrió investigar quién es? —preguntó Michelle.

La verdad es que no se me había ocurrido. Además, quería olvidar lo que había sucedido esa noche en la fiesta y pensé que no lo volvería a ver.

Decepcionada, fuimos a mi casa a ver una película y a comer pizza. La pizza se había

convertido en mi comida de consuelo. Disimulé delante de ellas, pero sentía un nudo en la garganta. Recordé la cara del chico y sentí un poco de vergüenza. Era la segunda vez que me veía, y las dos veces había hecho el ridículo delante de él. Deseaba no volverlo a ver otra vez en mi vida.

Michelle me comentó que quería presentarme a un primo, así que le pedí que me mostrara primero algunas fotos de su primo. No quería correr el riesgo de encontrarme con otra sorpresa como la de Henry, salir sin haber visto al chico, era muy arriesgado.

NO QUIERO PARECER UN CLON

Michelle me mostró las fotos de sus primos, hijos de la hermana de su padre, siempre aparecían vestidos de la misma manera en todas las fotos. Eran la típica familia que en las reuniones mandaba a imprimir camisetas de acuerdo con la celebración: Navidad, Año Nuevo, cumpleaños. Me imaginé que, si me casaba con Mario, «el más guapo de los tres primos de Michelle», en todas nuestras fotos de vacaciones familiares estaríamos vestidos igual que el resto de la familia. Me pareció horroroso, ya que a mí me gustaba la variedad. ¿Cómo podría lucir un hermoso vestido si todos éramos idénticos? Dije un rotundo no a Michelle.

Después de que las chicas se marcharon me quedé reflexionando en mi habitación. Tras todos los intentos fallidos, esa noche decidí que era mejor que dejaran de intentar encontrarme un novio. Prefería elegir a los chicos por mí misma y que no me presentaran a sus primos. Aunque las quería como amigas, no me imaginaba formando parte de sus familias, y mucho menos siendo novia de Mario. Sus padres estaban planeando un viaje a Las Bahamas y habían mandado a hacer camisetas con una foto familiar y un corazón con la inscripción: «Yo amo Las Bahamas». Tener que viajar en avión con una camiseta así sería una pesadilla. No sabría dónde esconder mi cara de vergüenza. Me quedaría escondida en la habitación del hotel. ¡Qué horror! ¿Por qué me imaginaba ese momento? ¿Estaba volviéndome loca?

Al día siguiente, me sinceré con las chicas. Estaba cansada del experimento, y me alegré al decirles que abandonaba su loca idea. Aunque protestaron, logré que ambas entendieran que su plan no funcionaba, y finalmente, aceptaron que me dejarían en paz.

YOGA Y KICKBOXING

Las chicas tomaron con calma mi decisión de que no siguieran buscándome una cita para salir con algún chico, pero eso no les impidió intentar animarme con alternativas. El sábado, Beth reservó una clase de yoga para mí donde ella asistía, y cuando Michelle se enteró, también quiso asistir. Así que las dos nos dirigimos al lugar con nuestras esterillas y monos que compramos para la clase y así tener una mejor sesión de estiramientos. Beth no esperaba en la entrada. El grupo ya estaba avanzado, y Beth destacaba por su increíble flexibilidad.

Como era nueva en esto, la instructora me explicó que comenzaríamos con una posición básica de meditación. En realidad, me reí interiormente, pensando que sería fácil para mí, ya que no parecía complicado: sentarse con la espalda recta y cruzar las piernas, ¿por qué sería tan difícil hacer eso? Miré a Michelle, que ya estaba sentada en su esterilla, y rápidamente hice lo mismo. Coloqué mis manos en mis rodillas con las palmas hacia arriba, consciente de que tenía que controlar mis pensamientos, no pensar en nada y tratar de dejar de lado todo lo que me había sucedido desde el día de la fiesta.

«¡No pienses en nada, no pienses en nada!», me repetía mentalmente. Sin embargo, cuanto más lo intentaba, más pensamientos inundaban mi mente. Perseveré durante un par de minutos, pero tuve que reconocer que mi mente no estaba lista para dejar atrás lo que sentía. Lo intenté durante el resto de la clase, tratando de mantenerme lo menos tensa posible para que la instructora no se diera cuenta y me dejara en paz.

A veces, abría los ojos para echar un vistazo a las chicas. Beth parecía relajada y cómoda, como un pez en el agua. En cambio, Michelle frunció el ceño varias veces, lo que me tranquilizó al saber que no era la única que no podía mantener la mente en calma.

Luego hicimos las posturas de la montaña, la silla, la del guerrero y otras cuyos nombres ni siquiera presté atención. Cuando terminamos, Beth estaba eufórica, Michelle se notaba más animada que al principio. Y yo, aunque no logré concentrarme como quería, no podía negar que la había pasado bien.

Regresamos a mi casa y las chicas, entusiasmadas, conversaron con mi madre para contarle lo bien que nos había ido, bueno, en realidad a ellas, porque sinceramente no había logrado la concentración que necesitaba.

Mi madre las invitó a cenar con nosotros. Cuando llegó la hora de que volvieran a sus casas, se despidieron y acordamos vernos al día siguiente. Me dijeron que usara ropa cómoda, aunque sentí curiosidad, no pregunté. Supuse que sería otro de sus planes, pero no tenía ganas de negarme porque a mi madre le entusiasmaba verme animada y no quería decepcionarla.

* * * *

Cuando vinieron a recogerme al día siguiente, las chicas me saludaron con entusiasmo. Subí al automóvil y Michelle puso el vehículo en marcha. Mientras íbamos por el camino, entonaba una canción alegre y golpeaba el volante al ritmo de la música. Su actitud reflejaba su deseo de contribuir a mi bienestar emocional. Decidieron llevarme al kickboxing, donde un amigo de Michelle ejercía como instructor, para que pudiera liberar mi rabia golpeando algo o a alguien. Beth también se mostró emocionada por la idea, incluso más que yo.

Al principio, no me pareció tan difícil. El instructor, quien parecía emocionado al ver a Michelle, nos explicó el calentamiento y algunos estiramientos. Fue sencillo, me sentía llena de energía, y realmente sentí que estaba siguiendo las indicaciones del instructor en serio, pensé que esta vez todo saldría bien. Michelle se puso las almohadillas de golpeo, y comencé a golpearlos con golpes rítmicos. Para ser la primera vez, estaba dando lo mejor de mí.

Ya con más energía, me ofrecí para ser la siguiente en ponerme las almohadillas para que las chicas practicaran los golpes con los guantes. Pero como siempre, mi atención tenía que estar donde no debía, y cuando Beth lanzó un golpe, no lo esquivé, así que fue directo a mi rostro.

De repente, todo se volvió negro.

—Lo siento, lo siento. —Fue lo siguiente que escuché al mirar la cara de terror de Beth cuando logré recuperar la conciencia.

El instructor me revisó y decidió que era mejor que me sentara antes de poder irme a casa.

Beth y Michelle continuaron con el entrenamiento mientras yo las miraba cabizbaja, ya que quería seguir con el entrenamiento. Me sentía tan bien imaginando que golpeaba a Luis David, pero tenía que mantener la cabeza quieta para que mi nariz dejara de sangrar.

Al llegar a casa, apenas mi madre me vio llamó a nuestro médico de cabecera para que me revisara. Su enojo era evidente, pero sabía que, si me decía algo y con razón, comenzaría a llorar. En ese momento, ella sabía que tenía que mantener la calma.

El doctor al revisarme no encontró nada de qué preocuparse, pero, para asegurarse, sugirió que me hicieran una radiografía. Mi madre me miró; su rostro estaba rígido. Yo comencé a sollozar, pero ella ni se inmutó.

LA PEOR AMIGA

A la mañana siguiente, temprano, fuimos a hacerme la radiografía. Afortunadamente, mi nariz estaba bien, tal como había dicho el doctor, pero el hematoma por el golpe ya tenía un morado oscuro. Por eso salí de casa con una mascarilla; ya había tenido suficiente para agregar otra vergüenza a mi lista. Las chicas no pasaron por casa, seguramente por vergüenza a ver a mi madre, aunque sabía que ella no les diría nada. Ni mi mamá ni yo culpábamos a las chicas, ellas solo intentaban animarme. Yo estaba realmente molesta conmigo misma porque no había sabido cómo enfrentar la situación. Las chicas me llamaron varias veces para saber cómo me sentía.

Esa noche me sentía mentalmente agotada. Aunque quería dormir, no podía, así que me puse a revisar las redes sociales de Luis David. Me quedé un rato mirando sus fotos. Lo habían etiquetado en una donde recordaban el juego de fútbol que jugarían al día siguiente. No sé en qué pensé, ni cómo se me ocurrió la idea de que iría a ese partido. Me acosté con esa idea en mi mente.

Me levanté temprano y no le dije la verdad a mis padres acerca de a dónde iría. No quería que supieran que su hija estaba teniendo dificultades para superar la ruptura con su exnovio. Salí de casa inventando que me encontraría con las chicas. Tomé un Uber hasta el estadio, me senté y miré desde lejos. Sarah estaba en la primera fila, aplaudiendo para animar al equipo. Cuando Luis David metió un gol, vi cómo corría hacia ella para besarla. Sentí una punzada en el estómago. Creo que quedarme ahí sentada por más tiempo sería un error. Salí del estadio y caminé sin rumbo.

Mi móvil sonó varias veces, pero no me importó; ni siquiera revisé quién podía estar llamándome.

No supe cuántas horas estuve dando vueltas hasta que decidí volver a casa. Mi madre salió a recibirme, y por su expresión facial vi que estaba furiosa nuevamente, pero no le di la oportunidad de decirme nada. Subí a mi habitación sin importarme lo que pudiera tener que decirme.

Antes de la cena, tocaron a la puerta de la habitación; eran Beth y Michelle.

—Paola, ¿qué te pasó? Estuvimos esperándote, y ni siquiera respondiste para avisarnos por qué no viniste al evento de patinaje. Dejaste a Beth preocupada, ella quería que estuvieras ahí para apoyarla —comentó Michelle.

—Chicas, lo siento, pero era importante.

—¡¿QUÉ PUEDE SER MÁS IMPORTANTE QUE APOYAR A TU AMIGA?! —gritó Michelle.

—Lo siento, chicas entiéndanme —supliqué.

—Sé que tienes el corazón roto, pero…

—Calla, Beth. ¿Por qué tienes que compadecerte de ella? No tienes que explicarle nada. ¿Acaso solo ella está sufriendo? Mira, Pao, ya me tienes harta. Te crees que tus problemas son más importantes que los de los demás, pero mira, no es así. Por estar apoyándote, los chicos se enfadaron con nosotras porque dicen que ya no pasamos tiempo con ellos, y como ves, eso no nos importó porque tú eres lo más importante para nosotras, pero ya basta. El mundo no gira solo a tu alrededor, te equivocas. Nosotras también tenemos nuestras vidas y nuestros propios problemas.

Escuchar las palabras de Michelle me dolió. Comencé a llorar, y Beth quiso consolarme, pero Michelle la detuvo.

—Ya vimos que estás viva y a salvo, así que es hora de marcharnos. Por favor, no nos llames. Tenemos que arreglar las relaciones con los chicos. Espero que puedas superar a Luis David y que decidas dejarlo atrás para volver a ser la misma de antes. Pero mientras tanto, no podemos acompañarte. No podemos seguir así mientras tú sigas lamentándote.

Michelle salió de la habitación sin despedirse. Beth solo dijo «lo siento» y se marchó. Creo que las palabras de Michelle también la tomaron por sorpresa.

Lloré de rabia. ¿Por qué no me comprendían? ¿Es que acaso no veían mi sufrimiento?

—¡NO NECESITO A NADIE! —grité.

Tomé mi móvil, me puse los auriculares para escuchar un poco de música y vi que tenía varias notificaciones de mensajes de Beth y Michelle. Por estar pendiente del idiota de Luis David, ni siquiera me di cuenta de que tenía llamadas perdidas.

Sentí una punzada de remordimiento. Beth me había llamado unas veinte veces. Lo que me dolió fue que en sus mensajes no me reprochaba por no asistir a su competencia de patinaje, solo me preguntaba si estaba bien. En cambio, Michelle parecía que me iba a cortar la cabeza por olvidarme del día más importante para Beth.

Escuché un audio que me había enviado:

—Pao, más te vale que muevas rápido tu trasero y llegues aquí a tiempo. Si no vienes, no te lo perdonaré. Sabes que esto es importante para ella y que lo había esperado por mucho tiempo. Eres la peor.

Michelle, como siempre, hacía gala de su falta de sutileza. Lloré de nuevo. No podía arreglar lo que había hecho. No sabía cómo iba a solucionar esta situación.

COMENZAR UNA NUEVA VIDA

Me desperté con la sensación de que estaba sola en el mundo; en la casa, se sentía un silencio abrumador. Al mirarme al espejo, vi mi rostro demacrado por la falta de sueño y la tristeza. La discusión con las chicas me había dolido; me sentía como una imbécil por muchas razones, así que pensé que ya era tiempo de hacer algo por mí. No podía seguir así, perder a las chicas era la última cosa que había hecho de la que no estaba preparada. Además, mi autoestima no podía depender de otra persona. Luis David no merecía que me quedara sola y perdiera a las

personas más importantes para mí. Así que, con la mente despejada, tenía claro lo que quería y debía hacer: comenzar desde cero, hacer borrón y cuenta nueva.

Tomé de mi escritorio una libreta y escribí en letras grandes «CAMBIAR DE VIDA», un título prefecto para mi lista de cosas que haría para comenzar de cero mi nueva vida. Después, pensé en qué era lo primero que quería poner en el primer lugar de mi lista y recordé una frase que leí hace poco en internet: «Prepárense porque cuando una mujer decide cambiar su cabello, no es la única cosa que cambiará». Así que ese sería mi primer cambio: mi cabello. Recordé que, en algunas series o películas, la protagonista decide hacer un cambio radical y lo primero que hace es recortar su cabello, como en la película de la chica de las fracciones que toma las tijeras y sin dudarlo corta su cabello y le queda fabuloso. Así que me entusiasmé y sin pensarlo tomé mi cabello, me hice una coleta sobre mi cabeza y sin respirar tomé las tijeras y... ¡Zas!

—MAMÁÁ. —Mi grito debió haberse escuchado en toda la cuadra.

Mi madre llegó corriendo, y vi su rostro lleno de terror, lo cual no cambió al verme. Supe que había cometido un grave error. Aunque mi madre intentó hablar amablemente, su expresión de decepción estaba clara. Comencé a llorar, y ahora no solo estaba deprimida por todo lo que me había pasado en estos últimos días, sino también por lo horrible que había dejado mi cabello.

Con mucha paciencia, mi madre arregló lo mejor que pudo los mechones que sobresalían. La parte de arriba me había quedado mucho más corta; parecía una muñeca a la que le cortan mal el cabello, como hice muchas veces con las mías. ¡Estaba horrendo!

Mis lágrimas fluían sin ningún esfuerzo. Sabía que era mi culpa; no debí cortármelo yo misma. Fui una irresponsable. Ahora, ¿qué iba a hacer? No podía salir y dejar que vieran mi cabello. ¿Y si, por mala suerte, me encontraba con Luis David o Sarah? Pensarían que me había vuelto loca, «aunque tal vez tendrían razón», nadie podía verme así.

Me acosté con los ojos hinchados de tanto llorar. Ahora no tenía a las chicas para conversar y animarme en este momento. Me dormí del cansancio, y a media tarde, cuando me desperté, fui al baño; lavé mi cara, y me miré en el espejo.

Bajé a la cocina y allí estaba mi padre. Al verme, dejó la taza de café sin apartarla de su boca. Por lo visto, no se imaginó la magnitud de lo que había hecho con mi cabello cuando mi madre se lo contó. Estaba pálido por la impresión y parecía que había visto un fantasma en lugar de a su hija deprimida que, en un arrebato, tomó la mala decisión de cortarse el cabello. Miró de reojo a mi madre con una mirada que decía «esto es peor de lo que me dijiste». Ella simplemente sorbió un poco de café de su taza. «¡Me odió! Por hacerlos sufrir. Por convertirme en la peor versión de mí».

—Cariño, ¿qué quieres comer esta noche? ¿Te apetece que pidamos una pizza? —preguntó mi madre con indulgencia.

—Está bien. —Aunque me sentía mal por defraudarlos, solo pronuncié eso. Mi padre carraspeó como si fuera a decir algo, pero al final se quedó callado. Mi madre lo miró con una mirada que decía «ni se te ocurra». Creo que ella temía que, si escuchaba algo negativo, pudiera explotar en cualquier momento.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, no podía soportar ver cómo me miraban, sentía que los había decepcionado.

—Voy a mi habitación. Cuando llegue la pizza, ¿me avisan? ¿Veremos algo en la tele? —pregunté, aunque no tenía ganas de ver nada. Pero era lo que hacíamos cuando estábamos los tres en casa.

Media hora después me llamaron; la pizza ya había llegado. Comí la pizza sin hambre, y la película me pareció aburrida, pero me mantuve sentada, aparentando normalidad para no molestar más a mis padres. Sabía que estaban molestos por mi comportamiento; lo del cabello fue la gota que colmó el vaso. Puse a prueba su paciencia. Para mi suerte, al final de la noche, antes de irme a dormir, ya me trataban igual que siempre. Incluso hicieron bromas sobre mi nuevo corte de cabello.

RECORRER EL MUNDO

Al día siguiente, bajé a desayunar. Solo respondía a mi madre con monosílabos cuando me hacía alguna pregunta, ya que no me sentía con ánimos para conversar. Había revisado las fotos de Sarah y de Luis David que habían compartido en sus redes sociales donde se veían felices. Y también por el silencio que mantenían las chicas hacia mí. Pensé que para la fecha ya se habían olvidado de nuestra pelea y me escribirían como siempre, pero eso no sucedió. Así que de mal humor subí a mi habitación y me tumbé en la cama. Miré la libreta donde había escrito mi lista para cambiar de vida; el número uno ya estaba completado, así que lo taché. Lo de «un clavo saca otro clavo», aunque no estaba en la lista, lo escribí y también lo taché. Había fallado en los dos intentos, pero pensé que no debía abandonar mi misión, así que coloqué el número tres y repasé las historias que había visto en la tele para darme una idea del siguiente paso que debía seguir.

Como en toda película, la otra decisión importante para hacer algún cambio en la vida era: «viajar». Me emocioné solo de pensarlo: salir a recorrer el mundo, conocer nuevos lugares, tomar un avión, vestida elegantemente como toda una actriz de cine, para visitar Nueva York, París, Londres o una isla del Caribe.

Bajé corriendo para contarles mi idea a mis padres, me escucharon atentamente sin interrumpirme.

—¿Viajar? —preguntó mi padre no muy convencido cuando terminé de hablar.

—Sí, ¿qué les parece? —respondí emocionada.

Los dos hablaron entre ellos como si yo no estuviera allí.

—Puede ser una buena idea, así no está todo el día deambulando por la casa, quejándose de su desdicha —indicó mi padre. Eso me dolió.

—Puede ir a visitar a tus padres —expresó mi madre.

Pensé, «¿QUÉÉÉ?».

La imagen de mi viaje en avión vestida elegantemente se esfumó de inmediato. Mi idea no era pasar varios días encerrada en otra casa, pero eso no se lo dije a mis padres, ya que pensarían que era una nieta horrible al no querer ir a ver a los abuelos, quienes me adoraban.

—Sí, voy a llamarlos para darles la noticia —respondió mi padre.

¿Llamarlos? Pero ni siquiera me preguntaron si estaba de acuerdo. Me ignoraron por completo. Se veían entusiasmados, pero mi cara no reflejaba la emoción que ellos esperaban. Sin embargo, seguían animados con el plan. Pensé que se alegraban de deshacerse de mí por unos días. Subí a mi habitación enojada, por un momento quise decirles que se olvidaran del plan, pero ver mi cabello en el espejo despejó mis dudas. Tenía qué escapar. Aunque no me entusiasmaba la idea de ir a visitar a los abuelos, al menos parecía una oportunidad para salir de la ciudad. No podía quedarme aquí y arriesgarme a que alguien me viera así. ¡Mi vida era un desastre!

De nuevo bajé a la cocina y mis padres seguían allí. Los dos planearon alegremente mi viaje. Mi padre sacó su móvil y llamó a la abuela para notificarles la decisión que tomaron por mí. Cuando colgó, nos comunicó que los abuelos se habían alegrado mucho con la noticia. Me sentí mal al escuchar que mis abuelos se habían alegrado, pero eso no era lo que realmente deseaba. Así que mi padre iría al día siguiente a comprar el pasaje del autobús.

Después de idear su plan, decidieron pedir comida china para celebrar lo que ellos creían que era una buena idea. Me dijeron que les agradaba que quisiera viajar y que sería una gran oportunidad para mí, porque en los últimos días, cuando salía y llegaba a casa, siempre estaba frustrada, malhumorada y deprimida. Por un momento pensé en decirles que visitar a los abuelos no cambiaría en nada mi estado de ánimo, pero no quise discutir con ellos. Además, fue mi idea escapar de casa por unos días.

La comida china llegó y en silencio cené. Luego, me fui desilusionada a mi habitación y sin cambiarme de ropa me tiré en la cama y ahí me quedé dormida.

Un rayo de luz entró por la ventana, y me sorprendió lo rápido que había amanecido. Estiré mis brazos y me desperecé. Me levanté de la cama y me dirigí al baño. Después de ducharme, bajé a desayunar. Como no tenía mucha hambre, saqué solo una manzana de la nevera y me serví un vaso de jugo de naranja, que bebí mientras revisaba mis redes. Ni en Facebook ni en Instagram había nada nuevo; eran las mismas fotos del día anterior. A media mañana, mi madre y yo subimos a mi habitación para preparar lo que llevaría para visitar a mis abuelos. Puse sobre la cama la ropa que llevaría, la mayoría eran pantalones deportivos y camisetas, ya que mis vacaciones con los abuelos seguro serían estar en casa, sentarme en el porche y ver películas en la televisión. Me miré en el espejo y suspiré.

Pensé en hacer una videollamada a las chicas para contarles la nueva y aburrida aventura en la que me embarcaría, pero me contuve porque ellas habían dejado claro que ya no querían saber nada de mí.

Mi madre se veía alegre, tenía días sin verla así de relajada, y sabía que era por mi culpa.

—¿Estás contenta por ver a los abuelos? —preguntó mi madre.

—Sí —mentí. Pero en mi mente sí dije las palabras que me guardé.

«Yupiii qué divertido ir a visitar a los abuelos», porque eso no era lo que en realidad quería cuando pensé en viajar. Aunque sí extrañaba ver a los abuelos, pero la idea de quedarme en la casa mientras mi abuela tejía y mi abuelo resolvía sus crucigramas, para mí eso no era nada divertido. Lo único bueno de todo eso era que por lo menos tenía la oportunidad de esconderme por un par de días mientras mi cabello tomaba algo de forma.

Ya con el bolso listo, bajé a la cocina. Mi madre tarareaba una canción. De verdad me estaba tomando en serio eso de que se alegraba de no verme por un par de días. Aunque sinceramente no la culpaba, ¿quién quiere ver todo el día a alguien quejándose y compadeciéndose de ella todo el tiempo?

—Ten —dijo mi madre mientras me entregaba una preciosa boina que había comprado para que usara en mi viaje.

Sonreí, era la boina perfecta para viajar a Francia, aunque no era a dónde iría; me gustó mucho.

—¡Gracias! —exclamé y corrí hacia ella para abrazarla mientras sollozaba, ella me dio varias palmaditas en la espalda para reconfortarme, su cálido abrazo me hizo sentir protegida.

—Te vamos a extrañar, pero nos alegra que salgas, nos preocupa que te enfermes aquí encerrada —comentó mi madre.

Me sentí como la peor de las hijas por pensar que se alegraba por no querer verme. Era solo que se preocupaba por mí y no quería que estuviera deprimida. La abracé de nuevo.

MIS NUEVOS AMIGOS

Mi padre llegó más temprano del trabajo, tomó mi maleta y los tres subimos al automóvil. Nos dirigimos al terminal de autobuses, cuando llegamos vi que había mucha gente que se dirigía hacia sus respectivos lugares de salida. Otros que esperaban sentados a que llegara el autobús que debían tomar.

Por los altavoces llamaron a los pasajeros del autobús número ochenta, que me llevaría a la ciudad donde vivían mis abuelos. Mis padres me abrazaron, tomé mi bolso y me dirigí junto con los otros pasajeros hacia la puerta del autobús. Miré atrás para ver a mis padres que levantaron sus manos para despedirse. Sonreí, entregué mi boleto y seguí mi camino.

Subí y me alegré al ver que mi asiento estaba junto a la ventana, así durante el viaje podía mirar de vez en cuando el camino. Desde la ventana vi a mis padres de pie que miraban hacia las ventanas del autobús, les hice señas con la mano para que vieran en donde estaba sentada. Escuché ruidos en el asiento de al lado, y volteé justo en el momento que junto a mí se sentó una señora que llevaba una perrita poodle metida en su kennel. No me importó compartir asiento con ellas, pero lo que sí realmente me preocupó era cómo haría si me dieran ganas de ir al baño antes de hacer alguna parada; por lo visto tendría que pasar sobre mi acompañante y su mascota.

La mayoría de los pasajeros ya estaban sentados cuando noté que un chico se subía, capturando la atención de mis ojos.

«¡No puede ser! Esto parece una broma de mal gusto». El chico que acababa de subirse era nada más y nada menos que el que me había ayudado a salir de la piscina el día de la fiesta y el de la pista de patinaje. No podía tener tanta mala suerte.

Apenas me vio, me sonrió, y se sentó en el asiento de al lado. Por instinto arreglé la boina, porque sabía que se daría cuenta del corte de cabello que llevaba. Por un momento, pensé en bajarme; aún estaba a tiempo, ya que el autobús aún no había arrancado. Mi mente comenzó a imaginar cómo salir del autobús discretamente, pero no pude ponerme de pie; el motor ya estaba en marcha. Por instinto, miré por la ventana y vi a mis padres; agité la mano para despedirme.

Me sentí emocionada y nerviosa a la vez, ya que era la primera vez que viajaba sola. Con la imagen de mis padres, que se hizo cada vez más pequeña, decidí que no me preocuparía por el chico y que disfrutaría del viaje.

La señora que se sentó a mi lado comenzó a conversar; traté varias veces de hacerme la dormida, pero fue imposible.

—¿Quiere cambiar de asiento? Así podrá ir más cómoda sin el perrito en las piernas, escuché al chico decirle a la señora.

«ESTÁS LOCO, NO, NO NI SE TE OCURRA». Pensé.

El chico no había terminado de hacer el ofrecimiento cuando la señora ya había aceptado cambiar de lugar. Me sentí rechazada, aunque era mejor para la señora, ya que podría ir sentada sin el kennel en las piernas, dado que el asiento de al lado estaba vacío.

Hice como si no me hubiera dado cuenta del cambio de asiento; iba con los ojos cerrados, pero supe de inmediato que el chico se había sentado a mi lado.

—Espero no roncar —comentó.

Abrí los ojos.

—Eso espero yo, no pienso escucharte roncando toda la noche. —Las palabras salieron precipitadamente de mi boca.

El chico comenzó a reír.

—¿No estabas dormida? —dijo con ironía.

Crucé los brazos y miré al frente; no quise demostrarle que estaba nerviosa. Por un momento, extrañé a mi compañera anterior; sabía que en algún momento se quedaría dormida y no sería ningún problema. Pero ahora estaba este chico a mi lado, y si roncaba al dormir, «no sabía si lo hacía». Algo en mi interior se estremeció. «¿Y si dormía con la boca abierta o babeaba?»; ¿cómo podría saberlo?

Tomé el móvil y escribí torpemente un mensaje de WhatsApp a mi madre:

—Ma, ¿ronco?

Mi móvil comenzó a sonar; los demás pasajeros voltearon a verme porque el tono de llamada estaba al máximo y sonaba el tema de «Mario». Lo había puesto porque fue la última película que había ido a ver con Luis David sin que Sergio y Elena nos acompañaran.

Sentí que el chico contenía las ganas de reírse.

—Mamá, no puedo hablar ahora. Sí, sí, sé que te escribí. No, nada, no es por nada malo, no te preocupes, solo que… bueno, sí. Quería saber si ronco —pronuncié esa última palabra lo más bajo que pude.

Mi madre hizo un silencio prolongado.

—Paola, ¿estás bien?

Fue la cuarta vez que me preguntó si estaba bien. «Claro que lo estaba». Lo que me preocupaba era roncar con el chico a mi lado, pero ¿cómo podía saberlo? Me quedé a dormir varias veces en las casas de las chicas, pero no podría preguntárselos porque ahora me odiaban.

Colgué la llamada a mi madre después de convencerla de que estaba bien y tranquila.

Cambié el tono de llamada por uno que venía incluido en el móvil, recordar de nuevo a Luis David me hizo sentir confundida por los sentimientos que todavía sentía por él. Con los auriculares puestos, cerré los ojos en todo el trayecto. Mi acompañante de asiento jugaba algo en su móvil. Cuando nos tocó hacer una parada para recargar el tanque de gasolina y aprovechar para comer en el restaurante, él me tocó el hombro para notificarme que debía bajar a estirar las piernas y sentí una sensación diferente de la que había sentido todo este tiempo.

Nos pusimos de pie y dejamos pasar a los pasajeros que venían detrás de nosotros para que el chico pudiera ayudar a la señora con el kennel del perrito. Los tres bajamos del autobús y cuando pensaba que podría escaparme de ese par, «bueno, no conté al perro», me siguieron al cafetín. La señora no quería estar sola por miedo a equivocarse de autobús cuando nos tocara volver a subir. El chico se alejó para decidir lo que pediría para cenar; la señora le siguió. Yo aproveché para llamar a mi madre porque me había pedido que lo hiciera apenas nos detuviéramos.

Vi al chico y a la señora sentados cenando, yo casi corrí para que no me vieran ir al mostrador. Cuando compré mi sándwich, pensé que me había librado, pero mis acompañantes me hicieron señas para que me sentara con ellos. Me molestó un poco porque no quería conversar con nadie y menos con ese par. Pero al verlos tan animados mirándome, me sentí como una mala persona. No se merecían la forma tan grosera en que los estaba tratando, aunque creo que ninguno de los dos se había dado cuenta de que los estaba ignorando. Para compensar mi mala educación, los invité a comer unos helados.

Mientras disfrutábamos de los helados, la señora nos contó un poco de su vida. Recientemente había enviudado, y sus hijos, preocupados por ella, la invitaban a pasar una temporada en sus casas, lo que a ella no le entusiasmaba mucho porque prefería estar en su casa rodeada de sus cosas y sus recuerdos. Me sentí un poco tonta al pensar en mí. Estaba deprimida por perder a Luis David, a quien recién apenas conocía, mientras que esta señora estaba alegre a pesar de haber perdido al amor de su vida con el cual vivió cincuenta años.

En mi viaje, aproveché para tomarme algunas fotos y subirlas a Instagram. También tomé algunas con mi nueva amiga y con el chico que no se separó de nosotras en ningún momento, pero esas no las publiqué. El chico venía a visitar a su madre; sus padres se habían divorciado cuando él tenía cinco años. Ella se volvió a casar y ahora tiene dos hermanos pequeños de ocho y cuatro años que lo adoran. A su padrastro lo sentía como a su padre, pero que con su propio padre tenía una relación complicada de la que no comentó en detalle.

Volvimos a subir al autobús, y ya no me sentía estresada por estar sentada al lado del chico. Incluso compartimos algunas golosinas que llevaba en mi mochila. Cuando llegamos al terminal, nos bajamos del autobús. El chico se despidió de la señora y me pidió que cuidara un momento su equipaje. Luego, salió corriendo hacia el cafetín del terminal. La señora y yo intercambiamos nuestros números telefónicos y nos despedimos con un abrazo. Vi cómo se marchaba junto con sus hijos, quienes la abrazaban y besaban animados por tenerla cerca. Sentí tristeza al pensar en lo que ella debía sentir por la pérdida de su esposo. El chico volvió con un café para mí.

—Ya llegaron por mí. ¿Quieres que te llevemos? No hay problema, mi familia con gusto te llevará —dijo con una sonrisa que por un momento me hizo olvidar dónde estaba. El chico era guapísimo.

—No, no te preocupes. Ya vienen por mí. —Mentí; nadie me esperaba.

—Bien. Espero volverte a ver.

Cuando iba a responderle, vi correr a dos niños hacia nosotros. Él sonrió y abrió sus brazos para recibirlos. La escena me conmovió; se notaba que lo amaban. Y una pareja saludaba con la mano.

—Me alegró viajar contigo.

—También —respondí.

El chico caminó hacia la pareja que imaginé serían sus padres. Yo me di la vuelta y caminé hacia el lado opuesto; no quería que me hablaran ni me ofrecieran llevarme. Cuando tomé un sorbo de café, vi que en el vaso había algo escrito.

Llámame.

Y su número de teléfono.

Miré hacia atrás y lo vi, y como si sintiera que lo miraba, también volteó. Guiñó un ojo y me sonrojé. Era la primera vez que me emocionaba que un chico me mirara desde que terminé con Luis David.

Salí del terminal y busqué un taxi y fui directo a la casa de los abuelos. Cuando abrieron la puerta, me recibieron emocionados y me abrazaron. Quedé sorprendida al verlos vestidos con ropa deportiva porque acababan de llegar de sus clases de Taichi, y me invitaron a asistir la próxima vez. No eran para nada los abuelos que había imaginado que encontraría; claro, me alegré por esto.

—Mi pequeña. —Mi abuela vino hacia mí y me dio un fuerte abrazo.

—Es mi pequeña también, déjame darle un abrazo.

Mi abuelo me arropó con un cálido abrazo.

Me quité la boina y mi abuelo miró a mi abuela.

—Estás, estás… grandísima. La última vez que te vimos tenías el… —Mi abuelo no sabía cómo disimular su impresión; por suerte, la abuela comprendió y salió en mi ayuda.

—¿Tuviste un buen viaje? —preguntó mi abuela.

—Sí, fue agradable. Hice un par de amigos —contesté.

—Qué bueno, nos alegra mucho que estés aquí. Cuando Samuel nos llamó para avisarnos que vendrías, nos emocionamos mucho y enseguida preparamos tu habitación. ¿Por qué no vas a dejar tus cosas? —sugirió la abuela.

Sonrió y después lanzó una mirada asesina a mi abuelo por ser tan imprudente y actuar con tan poco tacto.

Fui a la habitación a dejar mis cosas, saqué la ropa y la coloqué encima de la cama, abrí la mochila y vi el vaso de café. Lo saqué y vi el número de teléfono del chico. Lo miré por un momento. Mi abuela tocó a la puerta y lancé el vaso a la basura; en realidad fue un impulso, porque estaba decidiendo si debía escribirle al chico para saludar y decirle que ya estaba en casa.

Mi abuela venía por mí porque habían venido varios amigos para conocerme. Pasaron toda

la tarde con nosotros. Cuando se marcharon, me alegré ya que estaba cansada por el viaje.

Al día siguiente me desperté y no sabía dónde me encontraba. Por un momento, me había olvidado del viaje, de que había terminado con mi novio y del horrible corte de cabello. Dos cosas que no desaparecerían tan pronto. Ya que todos los amigos de los abuelos no pararon de preguntarme por «el novio» como forma de conversar. ¿Por qué no me preguntaban por los estudios o si pude descansar en el autobús por culpa de los asientos? No, siempre era «¿y tienes novio?» y, con una sonrisa, contestaba.

—No. —Sin poder decirles que el muy cretino me había dejado justo el día de la graduación.

Las chicas no habían dado señales de vida desde que discutimos. Sabía que Michelle no haría nada para contactarme y en estos momentos tampoco pensaba dar mi brazo a torcer. Estaba segura de que Beth sí me escribiría, pero eso no pasó.

Mis abuelos, delante de mí, no hablaron sobre mi cabello, pero varias veces los escuché murmurar para que no los escuchara.

Me dirigí al porche, mi lugar favorito de toda la casa. Allí, siempre que iba de vacaciones, solía sentarme a leer algún libro mientras contemplaba las vistas de las montañas que se podían apreciar en toda la ciudad. El lugar era mágico. Estuve sentada ahí por un rato. Quise escribirles a las chicas, pero no me sentía muy valiente para hacerlo.

Pensé en todo lo que había pasado, también en que tendría que esperar unos meses para que mi cabello se viera decente, pero no podía cambiar nada, solo sonreír y seguir adelante.

Vi a mi abuelo que caminaba hacia el garaje, me levanté y me dirigí hacia allá.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días, ¿cómo dormiste? —preguntó mi abuelo.

—Bien —respondí mientras miraba a mi alrededor.

Mi abuelo colocaba algunos destornilladores en su cajón de herramientas.

—Abuelo, ¿qué es esto? —pregunté intrigada, mientras quitaba una lona que tapaba lo que me llamaba la atención.

—¡¿NO PUEDE SER?! —exclamé.

Y vi una Vespa color crema.

—Abuelo, ¿es? —No fui capaz de expresar nada.

Mis ojos estaban fijos en esa perfecta Vespa de los años sesenta.

—Era de la hija de José. La compraron en una venta de garaje cuando la chica era adolescente. Después de entrar a la universidad, no la usó más, la guardó y no sabía qué hacer con ella, así que se la compré.

—¿Es para mí? —pregunté eufórica.

—Quería darte la sorpresa, pero ya la descubriste.

—No te preocupes, de todas formas, me sorprendiste y me encanta. ¿Puedo usarla?

—Primero tenemos que revisarla.

Mi abuelo se acercó a su cajón de herramientas.

—Tenemos que ponernos en marcha.

Corrí hacia él y lo abracé. Los dos nos quedamos toda la mañana y parte de la tarde en el garaje; limpiamos el tanque, el carburador, lubricamos la cadena y los rodamientos. Estábamos tan concentrados que no nos habíamos dado cuenta de lo tarde que era hasta que la abuela se acercó para llamarnos a comer. No habíamos comido nada desde el desayuno, pero estábamos tan animados que no habíamos sentido hambre. Nos fuimos a lavar las manos y emocionados nos dirigimos a la cocina. Cenamos; mi abuelo se veía radiante, parecía que extrañaba hacer un poco de mecánica.

—Mañana estará lista —dijo mi abuelo.

Sentí una gran emoción, esa que sientes que tu sonrisa abarca todo tu rostro.

La depresión que había sentido todos esos días desapareció por completo.

Después de terminar de comer, pedí permiso a los abuelos para ir un rato a mi habitación. Pensé que sería un poco descortés de mi parte si no los acompañaba a ver alguna película con ellos, pero necesitaba hacer algo que no podía retrasar por más tiempo.

Mis abuelos sonrieron. Me dirigí a la habitación y un poco nerviosa, tomé el móvil y comencé a escribir.

—Amigas, sé que me comporté como una mala amiga. Lo siento mucho. No merezco que me vuelvan a hablar, pero estoy arrepentida y sé que no soy quién para pedirles que me perdonen. No espero que me respondan de inmediato, pero quería que supieran que las extraño.

No miré el móvil, supe que no me escribirían, así que volví con los abuelos y me senté a mirar una película con ellos. En realidad, no supe de qué trataba, estaba nerviosa y preocupada por la decisión que tomarían las chicas. Si no querían saber nada más de mí, entonces con tristeza aceptaría lo que decidieran; fue mi culpa y tenía que enfrentar las consecuencias y asumir toda la responsabilidad de mis actos.

—Mañana nos levantaremos temprano para continuar con la Vespa —comentó mi abuelo, mientras pausaba la película que estaban viendo.

—Un momento, quiero decir algo —notificó mi abuela.

La miré intrigada, no me imaginaba qué podía decirme.

—Cariño, la Vespa no viene gratis.

«Oh Dios, qué querrá pedirme. Por favor, que no sea cuidar a los gatos de su amiga. No sé si por la Vespa sería capaz de arriesgarme a cuidarlos».

—Queremos que salgas y conozcas la cuidad, que te distraigas y tomes aire fresco. No quedarte todo el día en la casa, ver gente. Y también quiero que cuando vayamos al club tú nos acompañes, quiero presumirte con mis amigas.

Sentí un poco de tranquilidad, pensé que sería algo muy complicado que querían que hiciera, no me pareció tan difícil asistir al club si me permitían salir en la Vespa para conocer la ciudad.

—Estoy de acuerdo —comenté.

Y me levanté del piso a hacer mi baile de la victoria, moviendo mis brazos y piernas.

Los abuelos se reían de mí y conmigo.

Estaba feliz.

LA CHICA VINTAGE

Mi alarma sonó antes de que amaneciera, no quería tardar en arreglarme para ir a desayunar y hacer esperar al abuelo para ir a reparar la Vespa. Cuando fui a la cocina vi que mi abuelo también estaba despierto.

—¡Madrugaste! —dijo mi abuelo al verme.

—No quería hacerte esperar.

Mi abuelo esperó a que terminara mi desayuno y luego nos dirigimos al garaje.

Cambiamos el aceite y llevamos las llantas a reparar, pero mi abuelo prefirió sustituirlas en el último momento. Antes de ir a la casa mi abuelo me llevó a sacarme la licencia, no quería que fuera por ahí sin documentos, el trámite no se llevó mucho tiempo. Al volver a casa, colocamos las llantas y la Vespa tomó otro aspecto. En realidad, la hija de José la tenía muy bien cuidada, parecía casi nueva. Mi abuela apareció con un refrigerio a media mañana, ambos agradecimos su gesto y nos sentamos a comer un poco de frutas que ella había picado y beber jugo de naranjas.

Mientras comía, miraba a los lados y vi varias cajas que tenían almacenadas en un rincón.

Mi abuela se dio cuenta de que tenía curiosidad por esas cajas.

—Tenemos que revisar y deshacernos de la mayoría de esas cajas, pero no hemos tenido tiempo de hacerlo —comentó mi abuela.

—Si quieren, puedo ayudarlos —ofrecí.

—No te preocupes, viniste a pasar unos días con nosotros, no a limpiar nuestro garaje.

—Abuelo, no tengo nada que hacer, puedo organizar un poco y así los ayudo y tengo la mente ocupada.

Tenía curiosidad por saber qué había en ellas. Mi abuela se acercó a una y abrió una de las cajas, me sorprendí al ver una cantidad de telas de diferentes colores. Me levanté y vi que eran vestidos, también había varios conjuntos e incluso zapatos. Sonreí. Mi abuela tenía una colección de moda vintage.

—¿Puedo usarlos? —pregunté emocionada.

Mis abuelos me miraron como si estuviera loca. Mi abuela no sabía que ahora incluso existen lugares para vender cosas usadas y que es toda una tendencia.

—Claro. —Mi abuela sonrió, después de explicarle sobre la nueva tendencia y que gracias a las redes sociales, mucha gente busca objetos antiguos en ventas de garaje para publicar fotos de ellos.

Luego llevamos las cajas al cuarto de lavado y comenzamos a seleccionarlas para lavar cada prenda. Estaban preciosas.

Pasé el día entre el garaje y el cuarto de lavado, pero no me importó. Estaba feliz de tener algo diferente que hacer. Me mantuve tan ocupada que no tuve tiempo de compadecerme de mí

misma.

—Vamos a probar la Vespa —sugirió el abuelo.

La emoción en nuestros rostros era de orgullo por poner en marcha la Vespa. Me subí y al poner la llave y sentir el motor en marcha, los dos chocamos las palmas en señal de victoria.

—Ve con cuidado.

Aceleré y salí con el corazón acelerado por la emoción.

La brisa chocó suavemente en mi rostro, las calles estaban iluminadas y desde las ventanas de las casas se veían las figuras de sus ocupantes. No puedo negar el tiempo que había dejado de sentirme tan viva. Me alegré al sentir que había vuelto a nacer y juré que no permitiría que alguien me hiciera sentir así de nuevo. Las personas que me amaban no merecían que me marchitara por culpa de alguien que no supiera valorarme.

Volví a casa, mis abuelos estaban sentados en el porche y se levantaron al verme.

—¿Qué tal?

—¡Excelente!

Me acerqué al abuelo.

—¡Gracias!

Lo abracé y nos quedamos así por unos segundos. Estaba agradecida por su paciencia.

—Mañana, queremos ir al club, como te dije antes, nos gustaría que vinieras con nosotros.

—¡CLARO QUE SÍ!

Esa noche me fui a dormir temprano porque íbamos a ir al club y quería arreglarme para el evento.

* * * *

Cuando salí a desayunar, ya estaba vestida. Me alegró que la magia de la secadora había hecho lo suyo y ya tenía listo lo que usaría para asistir al club. Mis abuelos cuando me vieron se emocionaron mucho.

—Se parece a mí de joven. ¿Verdad, cariño?

—Es tu retrato.

Mis abuelos me miraron con orgullo, eso me hizo sentir afortunada por tenerlos en mi vida.

Terminé de desayunar y mi abuela me peinó,

—El toque que faltaba. —Adornó mi cabello con un broche. Me veía estupenda.

Mi abuela sonrió.

—Ya no necesitas esconder tu cabello debajo de esa boina. Tu abuelo y yo decidimos que puedes ir en la Vespa, así la puedes lucir con tu lindo atuendo.

—¡Graciaaaas! Los amo mucho.

La abracé y luego salí afuera para tomarme un par de fotos y subirlas a mi Instagram.

Escribí, «#Chicavintage». Las notificaciones comenzaron a llegar, pero lo que más me emocionó fue un mensaje de las chicas.

—Estás hermosa.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, tuve que secarme rápidamente para no dañar el maquillaje.

—Gracias, las extraño.

—Y nosotras a ti, vuelve pronto. Escribió Beth.

—Disfruta. Me parece bien que cambies de ambiente, así no te la pasas revisando el móvil para ver si Luis David te escribe para decirte que quiere volver, lo que no hará, pero tú quieres engañarte con esa idea.

Aunque Michelle tenía razón, a veces me molestaba que fuera tan directa. Joder, somos amigas, ¿no puede ser más amable?

Compartimos un par de mensajes más y nos despedimos. Miré de nuevo las notificaciones y vi que hasta Luis David le había dado «me gusta». Sonreí, él veía mis publicaciones; ¿qué pensaría? Comencé a pensar en si me extrañaría, ¿y si me pidiera que volviéramos qué haría? ¿Aceptaría volver con él? En este momento no sabría qué hacer.

Mis abuelos me avisaron que ya estaban listos para salir, así que, con la autoestima en alto, y determinación caminé hacia ellos. Mi abuelo me entregó el viejo casco de la hija de José. Aunque llevaba mi peinado, ambos insistieron en que lo usara por mi seguridad.

Mis abuelos subieron al automóvil y salieron adelante, yo iría detrás para seguir el camino. Subí a la Vespa y después de colocarme el casco, la encendí y con emoción comencé a avanzar. Pasamos por varias calles donde los chicos volteaban a mirarme al pasar, no puedo negar que sonreí, me sentí bien al ver que era el centro de atención del lugar.

Llegamos al club. Dejé la Vespa en el estacionamiento. Observé que el club era un lugar bonito. Tenía canchas de tenis. Al entrar, nos dirigimos hacia un salón grande que mi abuelo me dijo que usaban como salón de baile o para conferencias, pero en ese no nos quedamos. Fuimos a otro donde había muchas mesas y sillas para jugar bingo, ajedrez y dominó. También una zona para reunirse a conversar. Por lo visto, la única joven allí era yo; aunque había otras personas jóvenes que rondaban más o menos los treinta años, la mayoría eran los encargados y trabajadores del club. También había algunos terapeutas y enfermeros que acompañaban a sus pacientes.

Al ver a mis abuelos, muchos señores saludaron desde sus mesas y querían que fueran compañeros para jugar dominó. Nos acercamos a varias mesas y me presentaron a sus amigos. Todos me saludaron con cariño.

—¿Cómo te llamas? —preguntó una simpática ancianita de ojos verdes.

—Paola —respondí, y no fue la única vez que repetí mi nombre; creo que me lo preguntaron como unas mil veces. Algunas personas hasta me lo preguntaron varias veces.

Los amigos de mis abuelos eran muy curiosos y querían saber más de mí. Y así comenzaron las preguntas: ¿Qué tal la escuela?, ¿qué estudias?, ¿y el novio?, ¿a qué universidad irás?, ¿tienes novio?, ¿qué edad tienes?, ¿vas a quedarte por mucho tiempo? Y, ¿el novio te dejó venir? Sí, otra vez, los novios son la pregunta más frecuente que hacen a una jovencita.

Había un señor que, al verme, quiso coquetear conmigo. No me molesté porque sabía por

mis abuelos que creía que todavía era joven y que con el vestido que llevaba seguro le recordaba a una novia de su juventud.

Mi abuelo se sentó con un grupo a jugar dominó. Mi abuela y yo nos dirigimos a la mesa donde unas señoras jugaban bingo. Los premios los donaba una peluquería a las señoras del club para que se cortaran y pintaran el cabello gratis. Mi abuela jugaba, pero de las dos veces que ganó, nunca gritó «BINGO», dejó que alguien más ganara. Al terminar las actividades, nos despedimos; todos fueron muy cariñosos al despedirse de mí y esperaban que volviera la próxima semana. Una de las señoras, amiga de mi abuela, me invitó a pasar una tarde en su casa. Por educación, dije que sí y que el fin de semana pasaría a visitarla, pero no imaginé que mi abuela haría que cumpliera mi promesa.

Así que el sábado por la mañana, mi abuela me hizo levantar temprano para hornear galletas y no llegar con las manos vacías. Las primeras que puse en la bandeja se quemaron, mi abuela comenzó a decirme que tuviera paciencia; pero de todos modos me sentí frustrada. Para la siguiente ronda puse más interés y me quedaron mucho mejor, aunque las hice con forma de corazón, lo menos que parecían era uno, pero podían pasar por la forma del verdadero órgano, así que sí hice corazones. Cuando se enfriaron, las coloqué en una cajita y les puse una cinta. La frustración se volvió orgullo, me sentí como una chica en una película de Navidad, porque en casi todas no puede faltar la chica que hornea galletas.

Mi abuela me despidió en la puerta, y me dirigí en la Vespa hacia la casa de su amiga, que vivía a un par de cuadras. Toqué a la puerta, la casa de la señora no se parecía en nada a la de mi abuela; su jardín estaba en mal estado y varias macetas estaban tiradas por el suelo, parecía que un tornado había pasado sobre sus plantas. Cuando abrió la puerta, comprendí todo; me sorprendió la cantidad de gatos que tenía. Mi abuela no me había advertido sobre ellos, seguramente para que no me negara a venir. Los gatos, al verme, se quedaron quietos y me miraban fijamente; parecía que no les agradaban las visitas. La señora me dijo que iría por un té a la cocina y que aprovechara para sentarme y ponerme cómoda. Varios gatos subieron al sofá como para marcar su territorio de la intrusa que acababa de llegar. Tuve que sentarme casi en la orilla, los gatos por poco me sacan del mueble y parecía que varios se montarían sobre mí, incluso hasta en mi cabeza; me sentía acosada.

Tomé una foto y la subí a mis redes, escribí; «#maltratoanimal» y varias caritas sonrientes. Comenzaron a llegar los comentarios y los «me gusta». Comenté con un «gracias» y una carita feliz a varios comentarios.
La señora regresó con dos tazas de té y me entregó una; la cual no me tomé, sin que la señora se diera cuenta, la eché en la maceta de una planta que estaba cerca. No me quise arriesgar a beberlo al ver cómo los gatos pasaban por todos los utensilios de la cocina, imaginando todos los gérmenes que habría en la taza.

Conversamos un rato hasta que notifiqué que ya era hora de marcharme, la señora me abrazó y me dijo que podía volver cuando quisiera; los gatos me miraron como si pensaran «ni se te ocurra, no vuelvas nunca más».

Subí a la Vespa y di un par de vueltas por la ciudad antes de regresar a casa.

—¡LLEGUÉ! —grité para que mis abuelos supieran que ya estaba en casa.

Los dos estaban en el sillón de la sala y veían las noticias.

—¿Cómo te fue? —preguntó mi abuela.

—Bien —respondí.

—Por lo visto le caíste bien a los gatos, vienes sin un rasguño —comentó mi abuelo—. Esos locos atacan a todos los que visitan a Mercedes.

—¡¿Qué?! ¿Sabían eso y me dejaron ir allá? —exclamé molesta.

—Pero no te pasó nada, estás bien, ¿cierto? —contestó mi abuela.

—¡Están locos! Había como veinte gatos —protesté.

Mis abuelos comenzaron a reír, a mí no me hizo ninguna gracia pensar en ser atacada por una gatería, pero al verlos comencé a reír con ellos. Sus risas eran contagiosas y además, gracias a los gatos, me habían dado muchos «me gusta» en Instagram, Facebook y Twitter por la foto.

Al día siguiente, durante el desayuno, mi abuela atendió el teléfono.

—Gracias por la invitación. —Fue lo único que dijo.

Colgó y se sentó para terminar su desayuno.

—Era Maite. Llamó para invitarnos a su fiesta de cumpleaños —notificó mi abuela.

—Ve tú, no tengo ganas de salir —respondió mi abuelo.

—No quiero ir sola, ¿quieres acompañarme? —preguntó mi abuela.

Afirmé con entusiasmo y seguí con mi desayuno. Al terminar, fui rápido a mi habitación para ver qué vestido usaría esa noche.

—PAOLA —gritó mi abuela para que pudiera escucharla desde la habitación.

—Sí, abu —respondí desde la puerta de la cocina.

—Vamos de compras, no tengo idea de qué regalarle a Maite. ¿Puedes ayudarme? —preguntó.

—Claro —dije, y corrí al espejo para colocarme el labial.

Nos dirigimos en taxi al centro comercial, me sentí como una estrella de cine porque la gente me miraba; la verdad es que era la sensación del lugar por mi estilo de vestir. Aproveché para tomarme varias fotos, las subí a mis redes sociales, y en los comentarios ya era conocida como la chica vintage. Se las mostré a mi abuela.

—Tienes que enseñarme a usar eso, quiero seguir a la chica vintage. —Sonrió y me guiñó un ojo. Sonreí.

Me alegraba mucho que a mi abuela le gustaran mis fotos. Caminamos por todo el centro comercial, mi abuela no se decidía por nada. Hasta que pensó en algo que sabía que a cualquier mujer le encantaría; entramos a una tienda de perfumes y le compró a Maite un perfume francés. Mi abuela pidió a la dependienta que lo envolviera para regalo. Luego fuimos por unos helados.

* * * *

La fiesta de Maite no estuvo tan aburrida como había imaginado; había varios jóvenes, incluyendo sus nietos y los nietos de su tercer esposo. Me tomé fotos con varios de ellos, y las

publiqué. Beth y Michelle pusieron corazones en sus comentarios. Me sorprendió ver que Luis David en una reaccionó con una carita enfadada. «¿Qué significará eso? ¿Celos? O que es un imbécil», sonreí al pensar en la segunda opción.

Antes de terminar la fiesta, mi abuela quería volver a casa. Nos despedimos de Maite, y mi abuela prometió visitarla un día de estos. La mujer sonrió y nos agradeció por asistir. No me fui antes de obtener todos los contactos de los chicos que me persiguieron toda la noche para decirme lo linda que me veía.

—¿Cómo está Maite? —preguntó mi abuelo al vernos llegar.

—Bien, te envió saludos —respondió mi abuela.

—¿Y cómo te fue? —preguntó mi abuelo.

—De maravilla, fue la sensación de la noche —respondió mi abuela por mí, mientras dejaba su bolso y su abrigo en el sillón.

Me sonrojé, pero sonreí.

Fui a mi habitación y me probé algunos de los vestidos de mi abuela. Tomé varias fotos, en mi Instagram, me comentaban que era toda una modelo. Mis hashtags, «La chica vintage», habían logrado que mis fotografías se volvieran virales, y los «me gusta» y suscriptores aumentaron en número.

Esa noche me acosté animada, me sorprendió que Luis David había reaccionado a todas ellas.

Al día siguiente, Beth y Michelle me hicieron una videollamada. Beth fue la primera en hablar sin saludarme antes.

—¿Viste el emoticono de Luis David?

Allí entendí el motivo de la videollamada; querían saber si lo había visto.

—Sí —respondí.

—¿Qué se creerá? Te deja por su ex y después anda celándote —expresó Michelle, visiblemente molesta.

Sentí la palabra «ex» como una puñalada, no entendía por qué Michelle tenía que recordármela.

—Ya no me importa.

Las chicas se quedaron en silencio; sentían que algo había cambiado en mí. Nos despedimos, y me quedé un rato en el porche mirando las montañas.

EL HILO ROJO

Mi abuela podaba animadamente sus rosales, saqué mi móvil para tomarle una foto. Después se me ocurrió revisar el Instagram de Luis David. Había subido algunas fotos de su práctica de fútbol, y sentí rabia al verlo sonreír, porque él había continuado con su vida como si nada, mientras que yo apenas, gracias a mis abuelos, comenzaba a salir del pozo en el que él me había

metido. Busqué en mis contactos hasta encontrar su número. Mi dedo estuvo a punto de marcar para llamarlo y reprocharle por su felicidad en la foto, pero en mi cabeza, escuché las voces de Beth y Michelle que me decían: «Ni se te ocurra». Lo que me entristeció aún más, porque no podía expresarle lo que sentía.

—¿Esa tristeza es por un chico? —preguntó mi abuela.

Me sorprendió cómo las madres y las abuelas tienen ese sexto sentido para saber que siempre hay un chico de por medio cuando se trata de caras tristes.

—Sí —respondí avergonzada.

—Cariño, eso nos sucede a todos. Pero el primer amor no siempre es el definitivo. A lo mejor este chico no es el adecuado para estar contigo el resto de tu vida. No te desanimes, el amor llegará a tocar a tu puerta cuando menos lo esperes.

Mi abuela se sentó a mi lado y tomó mi mano.

—¿Conoces la leyenda del hilo rojo? —preguntó—. Los que están unidos por ese hilo están destinados a encontrarse, no importa el tiempo que pase; siempre se encontrarán.

Pensé que mi hilo se había enredado en alguna parte o que estaba enredada en él, porque no entendía lo que había sucedido entre Luis David y yo. Me recosté en el hombro de mi abuela y cerré los ojos. Me sentí reconfortada al estar allí; sus palabras me calmaron. Ella tenía razón, ya era hora de dejar el pasado atrás. Mi corazón finalmente había encontrado paz y sanado. Necesitaba retomar la vida que tenía antes y dejar atrás la idea de que Luis David volvería.

* * * *

Mis abuelos esa tarde se fueron a sus clases de Taichi. Querían que fuera con ellos, pero preferí quedarme organizando un poco mi habitación y preparando la cena. Mi madre no me reconocería si me viera tomar la iniciativa de cocinar en lugar de pedir una pizza para cenar. Cuando mis abuelos llegaron puse la mesa, y ellos se sentaron después de tomar una ducha. Se sorprendieron al ver una pizza de berenjenas que había hecho gracias a una amiga de mis abuelos que me dio la receta la segunda vez que fuimos al club.

Al día siguiente, me levanté temprano para ir al mercado a comprar algunas frutas y verduras que mi abuela quería.

—Aquí tienes la lista. Gracias por ir por mí.

Mi abuela mentía; no necesitaba que yo fuera, solo quería que saliera para distraerme un rato. Agradecí su gesto, ya que sabía que me gustaba manejar la Vespa por la ciudad.

Varios chicos me saludaron al pasar en la Vespa, algunos lanzaron besos para demostrar que me veía espectacular. Aunque tenía muchas ganas de sonreír, me hice la difícil y pasé sin demostrar interés. En realidad, me sorprendí a mí misma. En otro momento, habría tomado alguna foto para que los demás vieran, o más precisamente para que Luis David viera que gustaba a otros chicos, pero hoy eso no me preocupaba. Me sentía libre y alegre porque no necesitaba demostrarle nada a él.

VOLVER A SONREIR

Los amigos de los abuelos vendrían a charlar un rato y jugar al dominó, así que para no aburrirme en mi habitación, decidí salir un rato. Tomé la Vespa después de escuchar todas las recomendaciones de los abuelos para que fuera con cuidado. Me puse el casco y comencé el paseo. Me detuve a comer helado y luego continué para conocer la ciudad. Vi un mercado que llamó mi atención. Buscaría algo bonito para comprarles a las chicas. Mientras revisaba los puestos, vi uno de accesorios que llamó mi atención, me acerqué y seleccioné varios collares que me recordaban a las chicas. La señora me mostró un broche para el cabello. Lo coloqué sobre mi cabello y me miré en el espejo, cuando escuché una voz detrás de mí.

—Te queda bien.

Cuando volteé, vi los ojos más lindos que me miraban.

—No me llamaste.

Y recordé el vaso de café en la papelera.

—Lo siento. —Me disculpé.

Si la abuela no había recogido la basura, todavía estaría allí.

—Entiendo. —Sonaba desilusionado.

—¿Quieres un helado? —preguntó mientras la vendedora me entregaba la bolsa con el broche y los collares que les había comprado a las chicas.

—Sí —dije por cortesía porque sentí que realmente le había dolido que no recordara guardar su número.

Los dos caminamos hacia el puesto de helados.

—Llegó el universitario —dijo uno de los chicos que atendía la heladería.

—Estamos listos. —Otro se acercó por detrás.

—Lo siento, será otro día. Me encontré con una amiga.

—No hay problema, puede acompañarnos.

Los dos chicos me miraban fijamente, esperaban que aceptara.

—¿Quieres acompañarnos?

No sabía qué responder, pero estaba aburrida de compartir con los amigos de mis abuelos. Salir con chicos de mi edad me parecía divertido, un poco arriesgado porque no conocía a nadie, pero ir al cine y luego comer algo no me parecía peligroso. Además, iría en la Vespa; si algo no me gustaba, podría marcharme cuando quisiera.

Acepté la invitación después de llamar a la abuela y avisarle que iría al cine con unos amigos.

—Vengo en moto.

—No hay problema, iré contigo.

Yo pensé, «espera, pero quién te preguntó si quería ir contigo».

—Israel, toma las llaves y maneja el automóvil, nosotros los seguimos.

»Me imagino que no llevas un casco de repuesto. Mateo, préstame el tuyo.

Mateo le lanzó el casco y enseguida se lo puso.

—Estamos listos.

Los cuatro salimos hacia el estacionamiento. Israel y Mateo se dirigieron al automóvil, mientras que Diego y yo caminamos hacia la Vespa. Nos subimos, y Diego se agarró de mi cintura. Sentí mariposas en el estómago; era la primera vez que tenía a un chico tan cerca. El automóvil comenzó a avanzar, y nosotros lo seguimos. Diego iba hablando casi a gritos para mostrarme la ciudad. No había ido a esa zona con la Vespa; casi siempre iba a los mismos lugares y las mismas calles, pero estas me encantaron.

Llegamos al cine. No estaba en un centro comercial; El cine «Victoria» quedaba en una vieja construcción. Adentro tenían pósters de viejas películas, la decoración era de los años setenta, y las películas que iban a proyectar esta semana eran viejas películas de los setenta, ochenta y noventa. Me pareció un poco extraño que no exhibieran películas modernas hasta que escuché.

Diego, el dueño del cine, piensa cerrarlo.

—¡QUÉÉ! No puede ser —exclamó asombrado Diego, mirando a sus amigos.

—Sí, el lugar solo da pérdidas, y el señor Ramón piensa que ya es hora de darle fin a esa etapa. Sus abuelos ya no están, y le hicieron una buena oferta. Esta semana será la despedida; el domingo cerrará con «Los Goonies».

Diego miró a sus compañeros. Israel se acercó y lo tomó del hombro.

—No pensarás encadenarte para que no vendan el lugar.

—Estás loco, ya he madurado.

Los tres comenzaron a reír, y yo me quedé con la curiosidad, ¿a qué se refería con «ya he madurado»?

—Paola, mi amigo, para evitar que derribaran un árbol de nuestra escuela, se subió a una rama y se encadenó, y al final el árbol fue derribado, y él terminó en el hospital con un brazo roto porque no aseguró bien las cadenas. Ese año no pudimos jugar durante el verano porque su madre lo castigó sin salir.

Comencé a reír.

—Chicos, ya basta. No me pongan en evidencia; la van a asustar, y no va a querer volver a verme pensando que son un chico malo.

Después de reírme de Diego saqué mi móvil y tomé algunas selfies porque combinaba con la decoración. Las subí, y el sonido de las notificaciones comenzó a llegar.

Diego me miraba. Me acerqué para tomarnos una foto juntos.

—Tienes que pasármela. —Le entregué mi móvil.

—Escribe tu número.

Me sentí extraña al tener tanta confianza con un chico al que apenas conocía. Bueno, en realidad, me sentía bien al estar con él. Las veces que lo vi, siempre fue un caballero, incluso en los peores momentos para darme una mano, literalmente.

Tomamos nuestras entradas para a ver «Grease», aunque no era la primera vez que la veía, me divertí mucho cuando Mateo, Israel y Diego comenzaron a tararear: ♬♪ Well-a, well-a, well-a, huh Tell me more, tell me more Did you get very far? Tell me more, tell me more Like, does he have a car? ♪♬ Por lo visto la habían visto varias veces.

Cuando salimos del cine, los chicos encendieron unos cigarrillos.

—No fumes —dije sin pensarlo.

Diego lo apagó y Mateo e Israel comenzaron a reírse.

—Ya te pusieron el lazo.

—Ustedes tampoco lo hagan. —E inmediatamente apagaron los suyos.

Todos no pusimos a reír, estaba tan alegre que de la risa se me salieron algunas lágrimas.

—Vayamos por unas pizzas —sugirió Mateo.

Los chicos subieron al automóvil y Diego y yo en la Vespa, la pizzería no estaba lejos.

Entramos y nos acercamos al mostrador para escoger nuestras pizzas; pedimos dos de tamaño familiar de jamón, tocino y anchoas, y nos sentamos para esperar mientras las preparaban.

—Y dónde se conocieron —preguntó Israel.

—En...

—Viajamos en el mismo autobús. —Me apresuré a responder por él. No quería que les contara a sus amigos la caída en la piscina el día de la fiesta; era una historia embarazosa para mí, y mucho menos mencionar la de la pista de patinaje en la que quedé como un pingüino desparramado.

Ninguno se dio cuenta de que Diego me miraba extrañado por no decir dónde nos habíamos visto por primera vez.

—Mañana vamos a ver «Los Gremlins».

—Por mí no hay problema —dijo Israel.

—¿Y ustedes? —preguntó Mateo.

—Lo que ella quiera —respondió Diego.

No sabía qué responder.

—Entonces, ¿qué dicen? Nos vemos mañana —comentó Mateo.

—No tengo ningún plan para mañana, pero no sé si mis abuelos tienen algo planeado. Le escribo a Diego para avisarles si voy, ¿les parece bien? —Los chicos asintieron.

Caminamos hacia la Vespa porque Diego insistió que me acompañarían hasta la casa porque no quería que volviera sola, los chicos nos seguirían en el automóvil para saber el camino, y así no perderse.

Cuando estacioné la Vespa frente a la casa de los abuelos, me acerqué al automóvil para despedirme de los chicos. Luego, Diego y yo caminamos hacia la entrada. Él me ayudó a poner la Vespa en el porche, y cuando ya nos íbamos a despedir desde automóvil, Mateo gritó.

—BESALA YA.

—Chiiiiis. Cállate, idiota. —Diego hizo señas con las manos para que hiciera silencio.

—Lo siento, te escribo mañana. —Sonreí.

Diego caminó hacia el automóvil, y escuché cuando le dijo «imbécil» a Mateo. Seguro se burlaba por no besarme. Pero el hecho de que no lo hiciera me hizo sentir halagada, sentí que me tomaba en serio.

Entré en silencio a la casa y me fui directo a mi habitación. Tomé una ducha y me metí en la cama. No revisé las redes sociales; estaba tan emocionada por la noche tan especial que había tenido que no me importó ver lo que Luis David y Sarah habían publicado. Lo único que extrañé de esta noche fue a las chicas, que seguro la habrían pasado muy bien con Israel y Mateo.

* * * *

—Buenos días —dije apenas vi a mis abuelos en la cocina.

—Buenos días —respondieron simultáneamente.

—¿La pasaste bien anoche? —La mirada cómplice de mi abuela me hizo ruborizar.

—Lo mejor fue el «cállate, idiota». —Mi abuela miró a mi abuelo como si pensara comérselo. Traté de no reírme para no avergonzar a mi abuelo, que se notaba que se sentía mal por haber metido la pata.

—¿Verdad que sí? —pregunté a mi abuelo y comencé a reír.

—Estaba a punto de sacar la escopeta —expresó muy serio mi abuelo.

Por la cara de terror que puse, mi abuelo se levantó casi enseguida.

—Es broma, no es en serio. —Ahora el asustado era él.

Me llegó un mensaje al móvil, era de Diego.

Disculpa lo de anoche, Mateo, no sabe comportarse, ¿Si vas a venir al cine? ¿Si quieres voy por ti?

—¿Puedo salir esta noche? Los chicos me invitaron al cine.

Los abuelos no tenían nada planeado, se quedarían a ver una película y les gustó la idea de que saliera a distraerme un rato.

Envié un mensaje a Diego, quedó en venir por mí a las seis y media, iríamos directo al cine y al salir cenaríamos algo por ahí.

Al arreglarme para mi cita, me alegré al tener los vestidos y trajes de la abuela, con la ropa que me había traído ni siquiera podría salir al supermercado, no sé en qué había pensado; todo por salir huyendo. Diego llegó diez minutos antes de la hora, lo que los abuelos aprovecharon para hacerle las respectivas preguntas que consideraron pertinentes para ponerlo nervioso. Justo cuando me acerqué para notificar que ya estaba lista, mi abuelo soltó una pregunta.

—¿Desde cuándo son novios?

El rostro de Diego palideció. Mi abuelo parecía un policía en un interrogatorio y mi abuela su compañero, no sabía cuál de los dos era el policía bueno o el malo.

—Abuelos, déjenlo tranquilo, van a hacer que ya no quiera llevarme al cine.

—Bueno, muchacho, tráela de vuelta a casa.

—Cómo todo un caballero —enfatizó mi abuela.

—No se preocupen, después del cine, cenaremos y regresaremos temprano.

—Bien, bien se nos va a hacer tarde y los chicos nos esperan —dije para acelerar a Diego y salvarlo de la situación.

Cuando salíamos escuché las risas de los abuelos, les pareció divertido fastidiarlo, pero también pude escuchar que les había agradado.

—Lo siento mucho por el bombardeo de preguntas —dije apenas subirme al automóvil.

—No te preocupes, sé que solo se divertían.

En el trayecto, Diego se notaba tranquilo, parecía que los abuelos no lo habían espantado. Eso significaba que después del cine no saldría corriendo y tendría que regresar sola a la casa.

Israel y Mateo nos esperaban afuera del cine, ya había gente en la fila; parecía que la noticia de que esta sería la última semana del cine se había esparcido y viejos visitantes llenos de nostalgia acompañaban al antiguo local en sus últimos días para darle el último adiós y las gracias por los años de entretenimiento que había entregado en todos esos años.

Diego, se acercó a los chicos.

—Gracias por comprar las entradas. No llegaríamos a tiempo.

Entramos y vimos las carteleras con «Los Gremlins», lo que me trajo viejos recuerdos de cuando las chicas y yo vimos una noche la película en casa y nos enamoramos de Gizmo.

La película terminó y solo Diego y yo iríamos a cenar porque Mateo e Israel tenían un compromiso que no podían cancelar. Se despidieron de nosotros, y los dos nos subimos al automóvil para buscar un lugar para cenar.

Diego recibió una llamada de su madre, y cuando dijo que estaba con una amiga y que cenaríamos fuera, inmediatamente su madre lo convenció para que fuéramos a cenar con ellos a la casa.

—Madre… —Fue lo único que pudo decir, porque su madre colgó el móvil.

Ya estaba emocionada planeando la noche.

—Si quieres le digo que no, no tienes que venir.

No sé si la seguridad que sentía estos últimos días fue la que me dio fuerzas para aceptar la invitación, sentía curiosidad de conocer dónde vivía.

Nos dirigimos por la carretera que daba hacia las afueras de la ciudad. La casa estaba en una bonita zona residencial que para nada era barato vivir allí. En esas residencias vivían médicos, abogados de grandes bufetes, todos los mejores profesionales estaban en esa urbanización.

Diego detuvo el automóvil, en la alcabala de vigilancia un hombre que estaba en la entrada saludó.

—Buenas noches, señor, señorita —dijo al dirigirse a mí al darnos la bienvenida.

La puerta de entrada se abrió para darnos paso. Los jardines de las casas tenían el mismo

estilo, con setos perfectamente recortados. Un gnomo de jardín nos miraba desde la casa de enfrente cuando bajé del automóvil.

La madre de Diego tenía un jardín muy bien cuidado, mi abuela estaría encantada con todas esas flores.

Cuando se abrió la puerta, dos niños salieron corriendo a recibirnos.

—¡Qué guapa es tu novia! —dijo el más pequeño.

—Vamos, dejen de molestar.

—Solo digo la verdad.

Sentí que mis mejillas se enrojecieron por lo cálida que sentía mi piel. La madre de Diego salió casi con el mismo entusiasmo que sus pequeños.

—Bienvenida. Es la primera vez que mi hijo trae a una chica a casa.

—No es cierto, sus compañeras de clases venían todo el tiempo —dijo el hermano menor.

—Pero ninguna en plan de novios

—Madre… —El nerviosismo en su cara reflejaba que el comentario de su madre lo había tomado por sorpresa.

—Gracias por la invitación. —dije para calmar un poco los nervios, ya que no sabía qué más decir.

La mujer vino hacia mí y me dio un afectuoso abrazo.

—Entremos.

La atención se desvió de mí mientras los niños corrían hacia el interior de la casa, y los tres los seguimos. Al entrar, quedé impresionada por la elegante decoración; no estaba saturada de adornos y los colores eran sobrios.

El padrastro de Diego se acercó para saludarnos, emanaba cordialidad y amabilidad hacia él, se le veía exactamente como un padre. Si Diego no lo hubiera mencionado, difícilmente me habría dado cuenta de que no era su padre biológico.

Nos sentamos a cenar y me sorprendió en qué momento nos había preparado un exquisito pollo en salsa de naranja con puré. Al terminar la cena, los niños se despidieron y nosotros nos quedamos conversando un rato, hasta que Diego miró su reloj.

—Tenemos que irnos; los abuelos de Paola nos están esperando.

Eso sonó a una excusa, ya que podríamos haber llamado a los abuelos y habernos quedado un poco más.

Nos despedimos y prometí volver. Por un momento, recordé que pronto tenía que regresar a casa, así que no estaba segura si podría cumplir esa promesa. Sus hermanos me abrazaron y, al igual que su madre, me dijeron que volviera.

En el automóvil, Diego, hablaba de sus hermanos, a los que cariñosamente llamaba «los Hobbit» porque, cuando nacieron y comenzaron a caminar, les recordaban a los personajes.

Llegamos a la casa y me acompañó hasta la puerta. Estaba muy emocionada por la noche tan

especial, pero no podría haber sido más mágica cuando al despedirse, me robó un beso. Fue ese tipo de beso en el que levantas el pie. Sé que parece un cliché, pero es el tipo de beso más romántico que ves en las películas. Mi corazón latía rápido. Creo que nunca había sentido algo parecido, ni siquiera cuando Luis David me besó.

—¿Nos vemos mañana?

—Eh, sí. —Fue lo único que pude responder porque mi cerebro aún estaba conectado al corazón.

Esperé a que subiera al automóvil y cuando se marchó, entré a la casa. Sentía que caminaba entre las nubes.

Ya acostada, quise escribir a las chicas, pero decidí esperar hasta el día siguiente. Esta noche quería sentir que era especial. Habría tiempo para analizar la situación. ¿Significaba ese beso que lo nuestro tenía futuro o fue solo el producto del momento?

* * * *

Me desperté con el sonido de una notificación en mi móvil. Lo tomé con pereza, pero al ver el mensaje me senté.

Buenos días, ¿cómo dormiste? ¿Qué harás hoy?

¿Hoy? En realidad, no tenía nada importante planeado, solo organizar el garaje, como les había prometido a mis abuelos. Aunque estoy segura de que no les importaría si no lo hiciera para salir con Diego, pero, yo siempre cumplo mis promesas. Así que respondí al mensaje.

Buenos días, bien. Hoy voy a ayudar a los abuelos a organizar el garaje.

¿Puedo ir a ayudarte?

En mi mente, pensé: «Está un poco loco, pasar todo el día aquí». Pero, ¿qué podía perder? Además, tendría dos manos adicionales para ayudarme; es curioso cómo siempre siento que sus manos están para mí cuando las necesito.

Si quieres.

Fui a la cocina, y allí estaban mis abuelos. Los saludé y les di la noticia de que Diego vendría a ayudarme a organizar el garaje.

Esperé en el porche a que llegara. Cuando bajó del automóvil, traía un pequeño ramo de flores.

—Son para tu abuela —sonrió.

Con ese gesto, ya se había ganado el corazón de mi abuela.

—No creas que no traje nada para ti. —Y me entregó unos chocolates.

—Gracias.

Seguramente en mi rostro tenía una sonrisa tonta. Porque simplemente era perfecto.

Cuando entramos a la cocina, mi abuela se acercó emocionada por las flores que le había traído. Mi abuelo se puso de pie para estrecharle la mano.

En realidad, todos en esa habitación estábamos cautivados por el agradable chico.

—¿Empezamos a trabajar? —pregunté para comenzar a organizar el garaje, ya que temía que, debido a mis abuelos, nos quedaríamos allí hablando todo el día.

Diego comenzó a bajar un par de cajas que estaban en la parte superior.

Empezamos a vaciarlas y a organizarlas en dos grupos: «lo que donaríamos» y «lo que desecharíamos». A media mañana, la abuela nos trajo una jarra de jugo de naranja. Diego sonrió y me enterneció la forma tan dulce en que trataba a la abuela.

Cuando la abuela llegó para notificarnos que ya estaba listo el almuerzo, se sorprendió al ver que ya habíamos liberado suficiente espacio en el garaje para que pudiera organizar sus herramientas de jardinería, que siempre había tenido que dejar tiradas por ahí. Emocionada nos dijo que colocaría un estante con macetas y abono.

Diego se ofreció a llevarle algunas semillas la próxima vez que viniera a casa.

En el almuerzo, mis abuelos estaban emocionados por lo organizado que habíamos dejado el garaje. Nos agradecieron, pero para mí, no era gran cosa. Ellos me habían ayudado mucho más a recuperar mi autoestima, y eso era lo menos que podía hacer por ellos.

LA MARIPOSA DEBE ALZAR VUELO

Los días pasaron volando, y el domingo me desperté temprano porque había quedado con Diego para ir a un vivero a comprar las semillas que quería regalarle a mi abuela. Cuando llegó por mí, ya estaba lista. Luego de despedirnos de los abuelos, nos marchamos.

Fuimos hacia una zona donde había varios viveros, unos más grandes que otros, pero Diego me llevó a uno que no era tan grande, parecía más bien un quiosco. Sin embargo, cuando entré, entendí el motivo. Tenían una gran cantidad de plantitas que seguramente encantarían a mi abuela: menta, lavanda, zanahoria. Diego tomó varias bolsitas con semillas, pero también escogió varias plantitas para que mi abuela no tuviera que esperar tanto para tenerlas. En ese lugar también vendían todo tipo de té, que sería un buen regalo para el abuelo, así podría ofrecérselo a sus amigos cuando los invitara.

Lo miré emocionado mientras escogía los sabores. Le agradecí por ser tan atento con mis abuelos, y él sonrió. Después, nos fuimos a pasear para conocer la zona antigua de la ciudad. Sus casas antiguas todavía conservaban la belleza de tiempos pasados, y nos tomamos varias fotos para recordar el día. Caminamos por una calle decorada con paraguas de colores, que lucía preciosa. Tomé una foto y la subí a mis redes sociales. Mis amigas enseguida me enviaron mensajes felicitándome.

—No he visto que publiques una conmigo —dijo Diego.

Me quedé en silencio, no quería decirles a las chicas que estaba saliendo con alguien. Además, faltaban pocos días para volver a casa, y no quería hacerme ilusiones con él. Debía estar segura de sus sentimientos antes de presentárselo a todos, no podía cometer el mismo error que con Luis David.

—No quiero que mi madre me fastidie preguntándome por ti —mentí.

Eso pareció convencerlo, ya que no insistió con el tema.

Regresamos a casa y Diego se bajó del automóvil para entregar los regalos que compró a los abuelos antes de irse a su casa.

Los abuelos al verlo se alegraron y cuando cada uno vio sus obsequios le agradecieron por el detalle que había tenido con ellos. Diego sonrió y después de despedirse de los abuelos me dijo:

—Ve con ropa cómoda, después del cine a Mateo se le ocurrió que fuéramos a jugar al laser tag.

Afirmé y después lo acompañé hasta su automóvil, y sin previo aviso, me dio un rápido beso. Sonreí.

Al entrar en casa, fui directo a tomar una ducha. Luego, agarré mi teléfono móvil para hacer una videollamada a las chicas y contarles sobre Diego.

—Chicas, tengo una noticia. Sus rostros reflejaron emoción. Estaban seguras de que era para anunciar mi regreso a casa.

—Estoy saliendo con un chico.

—¿¡QUÉÉ!? —respondieron ambas al unísono.

—Les contaré luego, pero ahora me estoy preparando para salir con él y quería que lo supieran.

Después de protestar por dejadas con la curiosidad, me despedí de ellas. Mi esmalte de uñas ya se había secado así que pude vestirme cómodamente. Mi madre me llamó y me dijo que ya era tiempo de regresar a casa. La universidad no esperaría por mí. Sentí un vacío en el pecho, no quería regresar; dejar solos a los abuelos y no ver a Diego me entristecía.

* * * *

Diego vino por mí y nos dirigimos al cine después de despedirnos de los abuelos. No le mencioné que tenía que marcharme de vuelta a casa; no quería arruinar nuestra última salida. Se lo diría cuando fuéramos a cenar con los chicos.

Israel y Mateo se acercaron al vernos. Esta vez llegamos antes de que comenzara a formarse la fila.

La película llegó a su fin y todos los asistentes se pusieron de pie para aplaudir. Algunas personas mayores lloraban por el cierre del local. Ahora, en su lugar, construirían un centro comercial, era hora de dar paso a lo nuevo y modernizar la zona. Aunque no vivía allí, sentí nostalgia por la pérdida del espacio que para muchos estuvo lleno de viejos amores, rupturas, compromisos para construir una vida juntos, momentos compartidos con amigos que ya se habían ido y con aquellos que aún permanecían: Diego, Israel y Mateo eran un ejemplo de esa hermandad.

Salimos del cine con un nudo en la garganta. Yo no solo por el cine, sino por tener que despedirme de ellos. Fuimos a cenar a un sitio que servía carne a la parrilla. Mientras

esperábamos que trajeran nuestra orden, me armé de valor.

—Chicos, mañana regreso a casa.

La cara de los tres fue de completo pesar.

—Pero…

Diego no sabía qué decir.

—Lo sé. Mi padre viene mañana por mí.

Creo que esa parrilla nos supo a Diego y a mí a despedida. Diego estaba cabizbajo, y cuando Mateo contaba algunos de sus chistes, se reía sin ganas. Intenté animarlo, no quería que nuestro último día juntos terminara de esa manera. Pero Diego comenzó a animarse.

—Faltan pocos días para regresar a la universidad.

—Bro, te vamos a extrañar.

Pero Diego no se los decía a ellos, se lo decía a él mismo y a mí para que supiera que lo nuestro no tenía por qué terminar. Sonreí.

Mateo e Israel ahora eran los que estaban tristes; creo que los pocos días que habían pasado con Diego pensaron que no se acabarían. Pero los entendía, sentiría igual si me alejara por mucho tiempo de las chicas. Esta era la primera vez que lo hacía, y me había dolido no estar con ellas.

El ánimo de todos comenzó a mejorar cuando Mateo e Israel comentaron que los dos estarían en la misma universidad después de que Mateo lograra hacer el cambio. Diego se alegró por ellos. Los tres pensaban estudiar juntos, pero el padre de Diego insistió en que estudiara en la universidad donde daba clases su esposa para que así él pudiera acercarse a la familia. Él no quería aceptar, pero su madre lo convenció de que era lo mejor para él.

Después de cenar, nos fuimos a jugar al laser tag. Mateo sugirió que hiciera equipo con él, así sería más divertido competir contra Diego. Ya con los chalecos con sensores electrónicos y las pistolas de infrarrojos, Diego se acercó a mí y me besó.

—No fraternices con el enemigo. —Mateo me separó y le hizo señas con el dedo medio a Diego.

—Vamos, chicos, recuerden que esto es un juego.

Israel abrazó a los chicos por el hombro; por lo visto, esos dos se tomaban muy en serio los juegos competitivos.

Nos unimos a los otros chicos que jugarían con nosotros; era la única chica que estaba en mi equipo. Con Diego, sí había tres chicas; una de las contrincantes era de complexión robusta, imponente y fuerte. Por un momento, me alegré de no tener que tener contacto físico con ella; no tendría ningún riesgo de sufrir lesiones porque con un solo golpe quedaría en el suelo. Diego parecía pensar lo mismo porque miró hacia mí y sonrió.

Mateo tenía la vista puesta en Diego; su objetivo era solo él, por lo que tuve que defenderme

del ataque de las chicas yo sola. Fue todo un reto tener que evitar que me atacaran, así que cuando logré quitármelas de encima, la presión desapareció. Ahora solo quería que Diego le diera su merecido a Mateo al ganarle.

Diego pasó a mi lado, estaba en su camino y no me disparó, así que no era justo que yo lo hiciera, así que di la vuelta. Estaba distraída, así que Israel aprovechó la oportunidad y perdí. Ahora solo quedaban Mateo y Diego.

Cuando Diego venció a Mateo, aunque era de mi equipo, me alegré.

Mateo salió decepcionado por no lograr vencer a Diego. Nos quitamos los equipos y los entregamos.

El ánimo de Mateo cambió como si nada; ya todo parecía volver a la normalidad. Por lo visto, esa era la dinámica de esa amistad.

De repente, me entristecí; era mi última noche para pasarla juntos, y aunque recién los conocía, sabía que los echaría de menos.

—Bueno, chicos, ya es tiempo de despedirnos.

Israel se acercó a mí.

—Cuídate. —Y me abrazó.

Mateo se unió al abrazo.

Los dos, después de despedirse, se subieron al automóvil y se marcharon.

Diego y yo caminamos hacia una heladería. Creo que no estaba listo todavía para decir adiós.

Al volver al automóvil, nos besamos. Los dos queríamos quedarnos allí, sin pensar en nada más que en nosotros, pero ya no quedaba tiempo; tenía que regresar. Quería atesorar este momento, sus besos, su aroma, para conservarlo hasta volvernos a ver. En el trayecto, los dos íbamos en silencio; ninguno quería decir adiós. Los días que estaríamos separados serían una eternidad, pero quedamos en llamarnos todas las noches antes de dormir. Diego detuvo el automóvil al frente de la casa de los abuelos; solo la luz del porche estaba encendida, seguramente ya estaban dormidos. Caminamos en silencio para no hacer ruido. Diego se acercó a mí y volvió a besarme, esta vez con pasión, quizás por todos los días que estaríamos separados.

—Te amo. —Era la primera vez que alguien me lo decía.

Ahora mi respiración estaba agitada, no solo por el beso, sino también por la emoción de esas palabras. Abrí la puerta y Diego se despidió con otro beso; sentí que no quería irse. No sé qué pasó por mi cabeza cuando lo tomé de la chaqueta para que pasara a la casa. Subimos en silencio, y cuando cerré la puerta de la habitación, nos besamos. Comenzamos a desvestirnos y sin pensarlo, nos envolvimos en un frenesí de amor y pasión.

* * * *

Me voltee y mi brazo tropezó con algo.

—DIOOOS. —Diego estaba dormido a mi lado.

—¿Te gustó? —Diego me abrazó y volvió a besar.

—No… digo sí, pero no es eso. ¿Estamos locos? Nos quedamos dormidos. Tienes que irte. Si los abuelos te ven aquí, me va a dar mucha vergüenza.

Diego, por un momento, como que no se había dado cuenta del asunto, porque cuando cayó en cuenta del lugar donde estábamos, comenzó a vestirse rápidamente.

—Carajo, carajo… lo siento.

Me acerqué y lo besé; esta vez fui yo quien lo hizo con pasión.

—Fue genial. Siento que tengas que irte.

Abrí la ventana para que saliera por allí; no iba a arriesgarme a que alguno de los abuelos lo encontrara por las escaleras.

Nos besamos de nuevo y salió por la ventana; se escuchó un golpe y un «carajo» que salió de la boca de Diego. Me asomé y lo vi levantándose. Había caído, pero por la forma en que caminaba hacia su automóvil, no parecía haberse lastimado, «bueno eso esperaba».

Lanzó un beso al aire y se subió al automóvil. Me quedé en la ventana hasta que su vehículo desapareció de mi vista.

De vuelta en la cama, no podía creer la locura que acababa de hacer. No podía creer que mi primera vez sería en la casa de los abuelos, pero estaba feliz. Mi móvil vibró.

Te amo.

Abracé mi móvil; también lo amaba.

Yo igual. Ya te extraño.

No era mentira; ya lo extrañaba. Los días que estaríamos separados serían una eternidad.

* * * *

La noche pasó rápido, el sol se colaba por la ventana. Me invadía una profunda sensación de felicidad, la experiencia de la noche anterior, me confirmaba que ya estaba curada de la tristeza y la melancolía de los últimos meses. Mi móvil sonó.

Buenos días. Asómate por la ventana.

No lo podía creer. Diego estaba afuera.

—YA BAJO.

Corrí al baño para cepillarme los dientes y lavarme la cara. No me importó bajar sin ponerme lápiz labial. Mis abuelos se apartaron para que no me los llevara por el medio, aunque no estaba tan loca como para hacerlo. Bajé la velocidad. Cuando salí, Diego me levantó en sus brazos y me besó.

—No podía permitir que te fueras sin verte antes.

Me entregó una rosa. Los abuelos salieron a saludarlo.

—¿Quieres desayunar con nosotros?

—Gracias, pero mi madre me espera. Solo vine porque no quería que Paola se fuera sin despedirme.

Me sonrojé; era el chico que siempre imaginé para mí, romántico, atento y que agradara a mi familia, por lo visto a mis abuelos les encantaba. Quiero que mis padres lo conozcan ya. Diego se despidió de los abuelos y lo acompañé hasta su automóvil.

—Estos días van a ser eternos.

Diego se acercó a mí y me besó.

Nos separamos, pero quería que no se fuera. Desearía quedarme y viajar d regreso a casa con él, pero no podía dejar la Vespa ni mis vestidos. Viajar en autobús sería imposible y no pensaba dejarlos. Diego subió al automóvil y encendió el motor cuando comenzó a avanzar. Me quedé allí hasta que no vi su automóvil.

Triste regresé adentro de la casa.

* * * *

Limpiaba los platos que ensuciamos en el desayuno cuando escuchamos una bocina y supimos que mi padre estaba afuera estacionando la camioneta. Salimos a recibirlo y me abrazó emocionado.

—Paola, cariño, el cambio de ambiente te ha sentado muy bien —comentó al soltarme. Sus ojos brillaban de felicidad; estaba verdaderamente contento de verme. Mis abuelos abrazaron a su hijo.

* * * *

Después del almuerzo, subimos la Vespa y las cajas con la ropa en la parte de atrás de la camioneta, nos despedimos de mis abuelos, prometiéndoles que volvería el año próximo.

—Te esperaremos ansiosos —dijo mi abuelo.

—Cariño, la oruga que llegó a visitarnos se ha convertido en una hermosa mariposa, y es hora de que alce el vuelo y regrese a casa. Te vamos a extrañar. —Mi abuela tomó mi mano, y yo lloré a mares.

—Yo también —respondí.

Los dos me abrazaron, y sentí que, al igual que yo, tenían un nudo en la garganta.

—Gracias. —Sonreí.

Mientras nos alejábamos, los vi mirar la camioneta hasta que ya no pude verlos. Sentí un gran vacío. Durante el tiempo que pasé con ellos, aprendí mucho. Los voy a extrañar.

* * * *

Al llegar a casa, les avisé a las chicas que ya había llegado, y quedamos en que vendrían a visitarme por la tarde, ya que tenían curiosidad por saber sobre el chico con el que estaba

saliendo. También querían ver la Vespa, los vestidos y accesorios que la abuela me había regalado y que habían podido ver en las fotos que tomé mientras estaba afuera.

Cuando las chicas llegaron, lo primero que hicimos fue hablar sobre Diego; les mostré una foto.

—Este chico me parece conocido. Creo que lo he visto antes —dijo Beth.

—Él fue el chico que me ayudó a salir de la piscina y del día en la pista de patinaje. —Seguro lo recordaba por eso.

—No, yo no estaba en la piscina ese día, y no, no fue ahí.

La cara de Beth mientras intentaba recordar dónde lo había visto me puso un poco nerviosa. Quería hablar de otras cosas, y ella no descansaría hasta recordarlo. Así que las distraje probándonos varios atuendos y sacándonos varias fotos que subimos a las redes sociales. La reacción de nuestros seguidores nos indicó que tuvimos mucho éxito.

Luego, salimos a dar un par de vueltas por la cuadra, nos alternamos para usar la Vespa. Casi a la hora de cenar, nos despedimos y quedamos en vernos al día siguiente.

Le envié un mensaje a Diego para saludarlo y me respondió enseguida.

Me tienes abandonado.

Sonreí.

Eres exagerado.

Estoy loco por verte. Ya cuento las horas para estar de nuevo contigo.

Igual.

Antes de dormir, revisé mis redes sociales y me sorprendió ver varias solicitudes de amistad. No podía creer que las amigas de mi abuela, a las que conocí en el club, me habían agregado. Me alegré al ver que estaban usando las aplicaciones. Seguramente mi abuela las había ayudado, y sin pensarlo, las acepté. Todas me caían bien y habían sido amables cuando estuve con ellas. También recibí una solicitud de amistad de una señora que en ese momento no reconocí, pero resultó ser la que había viajado conmigo en el mismo autobús. Sonreí al ver sus fotos con sus hijos; al parecer, la habían convencido de mudarse con ellos. Me alegré por ella y se veía radiante. Chispita salía en varias fotos.

UNA INVITACIÓN INESPERADA

Me despertó el sonido de mi móvil, tenía un mensaje de Beth.

No quería esperar; ya recordé dónde vi al chico.

Sin rodeos y sin anestesia, me envió: una foto del día de la graduación. Junto a Irma, estaba él, el chico universitario por el que dejó a Rafael. No lo podía creer; era el novio que invitó a la fiesta. Mi corazón comenzó a acelerarse, y sentí que me faltaba el aliento. No podía creer que lo había olvidado, el chico que me pareció todo un galán cuando lo vi en la fiesta. Lo había olvidado por completo. Me levanté de la cama de un salto por la impresión y perdí el equilibrio,

golpeándome en la frente con la mesa de noche y haciéndome sangrar.

Bajé corriendo a la cocina, donde estaban mis padres, quienes se sobresaltaron al verme.

—¿Qué te pasó? —Mi madre corrió al botiquín en busca de algunas gasas. Yo no podía articular palabra alguna; esto estaba fuera de mi control.

Mi madre me limpió la herida.

—Esto necesitará algunos puntos. Samuel, saca el automóvil; tenemos que llevarla a urgencias —ordenó mi madre.

Mi padre salió, y nos quedamos las dos. Mi madre hacía presión en la herida para detener el sangrado.

Subimos al automóvil. Llegamos al hospital, y aunque estaba en shock por la noticia que Beth acababa de revelarme y por la caída, me imaginé que un guapo doctor llegaría y se enamoraría de mí con solo verme, creando una linda historia de amor para contar a nuestros nietos sentados frente a la chimenea y no sería ser infiel, porque Diego me había engañado primero.

Tuvimos que esperar un poco porque la sala de emergencias estaba llena de niños con gripe y algunos brazos rotos. Cuando me llamaron y entré al consultorio, mi decepción fue grande al ver a un médico mayor que me atendería, desvaneciéndose así la idea del guapo doctor.

Salí del consultorio con cuatro puntos en la frente. Los planes de conseguir un novio médico se desvanecieron, así que me di por vencida.

En casa, aunque estaba deprimida por la traición de Diego, decidí que no volvería a cometer el mismo error de encerrarme en el capullo de la desolación. Me tomé varias fotos y las subí a mis redes con el hashtag #chicavintageherida. Recibí varios comentarios de «mejórate pronto». Mi teléfono sonó, y me sorprendió ver un mensaje de Diego.

¿Qué te pasó? ¿Estás bien?

No imbécil, no estoy bien, pero voy a superarlo. Ya soy una chica fuerte que no va a dejar de ser ella misma solo porque un chico no la valore. No contesté su mensaje; lo dejé en visto.

Pero él no fue el único en escribirme.

¿Puedo verte?

No contesté. ¿Qué significaban esas palabras? Llamé a las chicas para contarles que estaba bien y que Diego y Luis David me habían enviado mensajes.

Las dos dijeron que se sorprendieron al verlo en la foto de Irma. Beth me comentó que él no se veía muy a gusto en la fiesta, pero eso no me importaba. Me había mentido, ahora qué pensaba hacer, mantenerme en secreto y así poder salir con ambas.

Mi madre llamó a la puerta y se veía un poco molesta.

—Luis David está abajo. Si quieres, le digo que no estás disponible. —Seguramente, mi madre se aguantó las ganas de cerrarle la puerta en la cara, pero por educación se contuvo.

El tema de Luis David ya estaba superado, así que accedí a verlo. Ya no me importaba; mi decepción y enojo se centraban ahora en Diego. No sabía cómo enfrentar la situación.

Cuando bajé, Luis David se puso de pie.

—Estoy en la cocina —dijo mi madre.

Imaginé que eso significaba que si me molestaba, estaría dispuesta a echarlo por la fuerza.

—¿Qué te pasó? Vi tu foto con la herida en la frente y me preocupé, así que quise venir enseguida.

—Nada. Perdí el equilibrio. —No podía decirle que miraba una foto del traidor de mi novio; bueno, alguien similar a él. Porque los dos eran iguales.

Luis David parecía olvidar que ya no éramos nada. Me hablaba como si nada hubiera pasado en la fiesta, como si siguiéramos siendo los mismos de antes.

—Te extraño.

¿Pero qué le pasaba? ¿Decir eso ahora, después de todo el dolor que me había causado? No lo podía creer. Mi silencio le indicó que era mejor no seguir con la conversación, así que se levantó y se despidió deseándome una pronta recuperación.

—Nos vemos pronto.

Mi cabeza daba vueltas. ¿«Nos vemos pronto»? ¿A qué se refería? No tardé en descubrirlo; más tarde, recibí un mensaje de Sergio invitándome a su fiesta de cumpleaños para el sábado. Así que eso era lo que Luis David había tramado: vernos en esa fiesta.

Llamé a las chicas para contarles lo que había sucedido con Luis David y la inesperada invitación de Sergio. Ambas pensaron lo mismo: Luis David sabía que la fiesta de cumpleaños de Sergio sería la excusa perfecta para vernos. No podía evitar pensar en lo que pasaría cuando nos viéramos; en realidad, no quería verlo, y mucho menos frente a todos nuestros conocidos.

Beth y Michelle se despidieron, y acordamos vernos el sábado antes de la fiesta. Michelle quería probar en nuestros rostros una mascarilla natural que había encontrado en una página web de belleza, y también quería maquillarnos, ya que estaba practicando diferentes estilos de maquillaje. Sin embargo, ni Beth ni yo aceptamos, no estábamos muy convencidas de dejarnos maquillar por ella, ya que no queríamos parecer chicas góticas. Así que acceder a usar la mascarilla ya era suficiente riesgo.

Les dije a las chicas que no se preocuparan por qué usar en la fiesta, ya que íbamos a lucir los trajes que me había regalado mi abuela. Las tres seríamos las «chicas vintages», y a ellas les gustó la idea, sabiendo que seríamos la sensación de la fiesta.

Diego insistió en enviarme mensajes, expresándome su preocupación. Me alegró saber que no llegaría a mi casa, ya que no le había dicho dónde vivía.

Estaba decepcionada, no podía creer que me había traicionado de esa manera. Es qué no podía tener a alguien a mi lado que fuera honesto. Por un momento me sentí estúpida, creí que

sus sentimientos eran sinceros.

RECOBRAR LA CONFIANZA

El sábado me desperté algo ansiosa. Pensar en ver a Luis David y que todas las miradas estuvieran sobre mí me daba un poco de ansiedad. Era la primera vez que estaríamos frente a los compañeros del instituto de nuevo, y no sabía cómo reaccionaría. De repente, casi tuve un ataque de pánico. No solo estaría Luis David en ese lugar, sino que también estaría Irma con su novio universitario, aunque no sabía si fueron invitados.

Mi madre me miró mientras desayunaba, sabía que algo me inquietaba.

—Hoy es el cumpleaños de Sergio —dije.

—Y Luis David estará allí —confirmó mi madre.

—Sí.

Y pensé: «y tal vez el chico del cual te iba a hablar cuando volviera a casa de su padre para asistir a la universidad, pero no lo hice, y ahora es otro dolor de cabeza para mí.».

El resto de la mañana me dediqué a revisar los trajes. No había escogido cuál usaría para la noche. Pensé que esperaría a las chicas para elegir uno del mismo año. Mi abuela tenía una buena colección de vestidos desde los años veinte hasta los ochenta, así que seleccionaríamos los del mismo año.

El timbre sonó a las dos de la tarde, las chicas ya habían llegado. Corrí hacia la puerta para abrirla, nos saludamos y subimos de inmediato a mi habitación.

Las chicas miraron los vestidos, y las tres decidimos escoger unos de los años sesenta. El mío tenía mangas largas, y para nuestra suerte, los zapatos estaban incluidos. Me alegró ver el orden y cuidado que mi abuela había tenido en esas cajas que pensaba desechar y que, por suerte, nunca lo hizo. Sonreí al recordarla; la extrañaba.

Michelle bajó a la cocina para mezclar todos los ingredientes que había traído para su famosa mascarilla, mientras Beth y yo buscábamos en el ordenador varios estilos de maquillajes para tener una idea de nuestros atuendos. Michelle volvió con la mascarilla y también traía una jarra con agua y dentro varias rodajas de pepino para que bebiéramos y así hidratarnos, para que nuestra piel se viera más lozana.

Estaba eufórica porque había logrado la consistencia de la mascarilla como mostraban en el video que había visto. Me sentí un poco nerviosa porque el olor a aguacate, pepino, huevo y lechuga mezclado con unas esencias florales y un olor de algo que no lograba identificar, que olía a estiércol, no era agradable. Deseaba que al ponérmelo, desapareciera pronto de mi rostro; no quería andar por ahí oliendo de esa manera. Cuando mi madre entró en la habitación y vi la cara que puso, confirmó mis sospechas: esa cosa olía terrible. No sabía si era seguro ponerme esa mezcla en mi cara, y menos después de la pequeña herida de mi frente, que ella se aseguró de no

poner esa cosa apestosa sobre el apósito para no mancharlo. Pero negarme tal vez haría que Michelle se sintiera ofendida. Ella confiaba en cualquier video que veía en las páginas de belleza en internet, pensando que quienes los subían eran profesionales y sabían lo que hacían. En realidad, muchas veces eran chicas como nosotras las que compartían ese tipo de contenidos.

Mi madre saludó a las chicas.

—Van a verse geniales con estos vestidos.

Mi madre miraba los tres vestidos que estaban sobre la cama.

—¿Verdad que sí? —preguntó Beth a mi madre, quien asintió y con una sonrisa salió de la habitación para dejarnos continuar con nuestra preparación.

Michelle sirvió tres vasos con agua y nos pasó uno a cada una.

La primera a la que Michelle usó como su conejilla de indias para aplicar la mascarilla fui yo. La crema no era suave; se sentía pegajosa y tenía algunos grumos, por lo que le costó un poco esparcirla sobre mi rostro, menos en la frente. Varias veces sentí náuseas debido al olor. Por un momento, me preocupé por la presión que Michelle ejercía en mi rostro, ya que no quería terminar con la piel enrojecida por su culpa y tampoco tenía idea de cómo iba a quitarme eso de mi cara sin mojar el apósito.

Beth miraba nerviosa y parecía no estar segura de aplicársela. Al ver que le tocaba su turno, me miró con una expresión de terror. Aguanté las ganas de reírme; no quería que saliera corriendo y se salvara de esa cosa apestosa en su cara.

Observé cómo colocaba la mezcla en el rostro de Beth, quien se mantuvo muy quieta, probablemente también preocupada por la presión que Michelle ejercía sobre su piel. Cuando Michelle terminó de aplicar la mascarilla, nos pidió a ambas que nos recostáramos en la cama y esperáramos unos minutos para que los nutrientes hicieran efecto en nuestros rostros.

Michelle nos sirvió otro vaso de agua con las rodajas de pepino para refrescarnos, siguiendo otro consejo de belleza que había visto: beber mucha agua. Aunque queríamos mantenernos serias, las risas hicieron que se nos cayera parte de la mascarilla. Michelle estaba molesta porque no nos tomábamos nada en serio. Cuando las tres estábamos con la cara llena de la mezcla, nos tomamos algunas fotos para recordar este día y las subimos a nuestros Instagram con los hashtags #LasLocurasDeMichelle y #DíaDeSpa. Al leer los comentarios, nos reímos un poco.

Ustedes están locas.

Se ve horrible la cosa en sus rostros.

No necesitan eso; las tres se ven siempre hermosas.

Cuando Beth leyó el comentario, se sonrojó. Fernando había hecho el comentario. Me alegré por ella, ya que su relación había terminado casi por mi culpa.

Esperamos el tiempo requerido y me cuidado me quité la mascarilla. La verdad es que no vi ningún cambio. Mi rostro estaba tan suave como antes de aplicarla, pero el lavabo había quedado como si alguien hubiera vomitado en él. Lo mejor de todo, y lo que más me alegró, fue que el olor a estiércol había desaparecido. Esto pareció alegrar a mi madre cuando volvió a entrar en la habitación con unas galletas que había hecho ella misma y unas tazas de café con leche para merendar, que devoramos de inmediato. Colocamos música a todo volumen y saltamos y cantamos en la cama.

Cuando se acercó la hora, decidimos comenzar a arreglarnos. Michelle se fue al baño para ducharse primero, y convencí a Beth para que se duchara en el baño de mis padres, ya que no quería aceptar y yo usaría el baño de abajo. Así terminaríamos más rápido de arreglarnos.

Ya vestidas, nos maquillamos, me peiné con cuidado para tapar el apósito y que no se notara. Cuando estuvimos listas, bajamos para ir a la fiesta. Cuando nos vieron mis padres se sorprendieron por lo bien que nos veíamos.

Cuando llegamos a la casa de Sergio, vimos a varios chicos afuera en el jardín. Cuando nos vieron, las luces de los flashes de sus móviles nos deslumbraron. En realidad, parecíamos estrellas de cine que llegaban a la alfombra roja.

En la puerta vi a un chico que nos miraba con la boca abierta. Era Luis David, por un momento no lo había reconocido. Sorprendido, se acercó para saludarnos. Sin embargo, ni Beth ni Michelle le dieron tiempo de hacerlo; me tomaron del brazo, y las tres entramos en la casa.

—¡Están preciosas! —expresó Elena al vernos.

—Gracias —respondieron Michelle y Beth.

—Siento mucho no llamar, pero… —Elena se quedó en silencio.

—Lo entiendo.

En realidad, lo entendía. Ella era la novia de Sergio, y Luis David era su amigo. Sería incómodo que fuéramos amigas en esa situación.

Sergio nos saludó como si nunca nos hubiéramos dejado de ver. Lo felicité por su cumpleaños y le entregué el obsequio que le había traído. Él me abrazó y agradeció por el detalle.

Varios chicos se acercaron para saludarme. Lo que me sorprendía era que muchos de ellos nunca se habían acercado a saludarme en el instituto. Lo hacían ahora solo porque pensaban que me veía bien, no por lo que pensaban de mí antes.

Me dirigí al baño y había una fila para entrar. Me puse detrás de varias chicas que conversaban sobre los chismes de último momento. Escuché el nombre de Luis David, y mi atención se dirigió a la conversación. Al parecer, Luis David se convirtió en mi novio después de

que Sarah terminó con él debido a que se enamoró de un chico universitario. Cuando ella regresó con Luis David, fue porque habían terminado, pero el universitario regresó pidiendo disculpas. Así como Luis David me dejó, Sarah también lo dejó. Sonreí.

Volví con las chicas, pero no les comenté lo que había escuchado; no era el lugar para hacerlo.

Luis David se acercó y me invitó a bailar. Acepté, Beth y Michelle me miraron como diciéndome: «¿Estás loca?».

—¿Y Sarah? —pregunté sin pensar.

—Terminamos. Lo nuestro fue un error.

No respondí. Sabía la historia y no iba a darle el gusto de pensar que me importaba, así que actué con naturalidad.

—¿Quieres que te traiga algo de beber? —preguntó cuando me dejó un momento para tomar algo.

—No, gracias —respondí.

Cuando volvió, se sentó a mi lado y, sin esperarlo, me besó. Fue un beso cálido como los que me había dado antes. En ese momento recordé cuando me pidió ser su novia; la primera vez que fuimos al cine, también la noche en mi casa cuando mirábamos una película mientras comíamos palomitas. Pero algo que mi cerebro nunca iba a olvidar: fue el beso que le dio a Sarah el día que rompió mi corazón. No le importó arruinar un día tan importante para mí y ahora me buscaba porque ya no estaba con ella. Cree que soy su reemplazo, que estoy a su disposición cuando él quiera. Estaba furiosa. Me separé.

—Te amo —dijo.

Respiré.

—No sabes cuánto tiempo deseé escuchar esas palabras. Sufrí por tu culpa, por querer estar contigo, pero no puedo volver a engañarme. Lo nuestro nunca debió ser. Lo siento.

—Paola.

Y me alejé. No volví a ver su cara. No podía permitir que la seguridad que había recuperado se perdiera por alguien que no sabía exactamente lo que quería.

—Hola. —Escuché esa voz, y mi cuerpo comenzó a temblar. La sensación de rabia y amor se mezclaron, y no sabía qué decir.

—Me quedé preocupado. ¿Por qué no respondiste mis mensajes? ¿Es que ya no quieres salir conmigo?

Estuve a punto de golpearlo en la nariz.

—¿Y qué tal está Irma?

La expresión de su rostro cambió de inmediato, su cara de preocupación desapareció por una sonrisa.

—Recuerdo que el día que nos conocimos en el autobús, me pediste que no habláramos del día de la fiesta, yo obedecí. Intenté decírtelo.

—¿Qué? Que tienes novia.

—No, que Irma es la hijastra de mi papá. Fui a esa fiesta obligado porque ella me pidió que la acompañara, ya que no tenía con quien ir. No quería salir con el chico que le insistía para que fuera con ella. Casi mi papá y Cristina me obligaron. Desde que te vi caer en esa piscina, me gustas. Me alegré al verte en la pista de patinaje, y cuando pensaba acercarme, te caíste y saliste corriendo.

—Sí, parecía un pingüino —dije.

—Cierto.

»Cuando te vi en el autobús, decidí que haría lo imposible por estar contigo y, cómo ves, me enamoré de ti. Si no recuerdas, te pedí que compartieras tus fotos conmigo, pero nunca lo hiciste. Yo quería que todo el mundo supiera que salíamos.

No sabía dónde meter la cara de la vergüenza.

Y cuando vi cómo el chico que te partió el corazón el día de la graduación te besaba, sentí que los días que pasamos juntos no te importaron, pero por la reacción que tuviste, supe que ya no sientes nada por él.

Las chicas se acercaron para saludarnos; ya sabían que Diego no era un mal chico porque hablaron con Irma, que estaba con su novio y que estaba feliz porque no era uno inventado.

Diego tomó mi mano y yo sonreí.

Mi corazón se aceleró porque descubrí que el amor no se busca; él nos encuentra cuando menos lo esperamos. Que el amor más grande e importante es el que siento por la persona que me sonríe todas las mañanas al mirarme al espejo. Y esa persona soy yo. Si me amo, el resto del mundo también lo hará. Aprendí que el hilo rojo no solo me conecta a un solo amor, me conecta a todas las personas que me aman y que amo; así que no importa si Luis David me rompió el corazón, esa experiencia fue un aprendizaje y gracias a eso volví a reencontrarme.

Me acerqué a las chicas y las abracé. Les agradecí por alumbrar mi camino cuando estaba perdida y que al igual que mis padres y mis abuelos nunca dejaron que me diera por vencida. Beth y Michelle estaban eufóricas, les sonreí y las abracé. Tomé una foto de las tres y al

publicarla, las amigas de mi abuela y mi abuela le dieron «me gusta».

«Hermosas chicas vintages», escribió mi abuela.

Sonreí, me sentí alegre por superar mi pérdida y reconocer al verdadero amor.

Me acerqué a Diego y con un suave abrazo me rodeó en sus brazos.

—Te amo. —Y me dio un dulce beso.

Fin

AGRADECIMIENTOS

Como en mis anteriores libros, quiero expresar mi profundo agradecimiento a mis dos hermosos hijos: Liliana y Joaquín, por acompañarme y brindarme su apoyo incondicional en todo lo que me propongo. Su amor siempre ha sido mi mayor motivación; ¡gracias!

A Alan, mi precioso nieto, le agradezco por inundar mi vida con amor y ternura, siempre logrando arrancarme una sonrisa con su afecto incondicional; ¡gracias!

A Joaquín, aunque ya no esté físicamente, su amor perdura a través de los hermosos recuerdos que atesoro en mi mente; a ti, ¡gracias!

A todas las personas que han sido parte de mi vida, tanto en el pasado como en el presente, les doy las gracias por compartir momentos especiales y alegrarse conmigo en mis logros; ¡gracias!

A todos mis lectores, les agradezco por su apoyo y por apreciar las palabras que he plasmado en cada uno de mis libros; ¡gracias!

ACERCA DEL AUTOR

Nací en Caracas, Venezuela. A lo largo de mi carrera literaria, he publicado seis emocionantes libros que reflejan mi amor por la escritura.

Mi obra más destacada es la saga de Los Sabios del Templo, una serie que comienza con «En busca de los elegidos», seguido por «Los guardianes del tiempo» y «El rescate de la guerrera». Estas historias están llenas de magia y aventura.

Además de mi saga, escribí «Mundo de libélulas» y he explorado con los géneros romántico con «Alas para volar» y de autoayuda y reflexiones con mi libro «Vive plenamente». Y Ahora, regreso con «Renaciendo después de ti», un libro de romance juvenil.

A pesar de haber optado por la autopublicación cada uno de mis trabajos es una expresión de mi pasión por la escritura.

Gracias por tu interés en mi trabajo y por ser parte de mi comunidad de lectores. Juntos, descubriremos personajes increíbles a través de las páginas de mis libros.